BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—

TOMO LX.

—

POETAS AMERICANOS.

———

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º
1880.

MADRID, 1880.—LITOGRAFÍA É IMPRENTA DE LA
BIBLIOTECA UNIVERSAL,
Calle Real, núm. 1, cuádruplicado.

INTRODUCCION.

La historia de la literatura americana está íntimamente ligada con los sucesos políticos de los dilatados y ricos estados que fueron en un tiempo colonias de España. Las revoluciones que cambian la faz de los pueblos, se inspiran en las ideas de la civilizacion, regeneran las sociedades, fecundan las inteligencias y estimulan el genio. Es indudable que el espíritu humano ha menester para crear, de las emociones dramáticas que surgen del espectáculo de la lucha promovida por las fórmulas políticas. De ahí la aparicion de tantos varones insignes que ayudaron á fundar la moderna sociedad americana, con sus trabajos científicos, su poesía inimitable, sus ensayos literarios y sus numerosas obras de imaginacion que, en conjunto forman una base sólida y constitutiva, en la cual se asienta magestuoso el edificio de la democracia.

La publicacion de este volúmen que contiene las poesías escogidas de los eminentes vates hispano-americanos, ha sido hecha con el auxilio de los periódicos que poseemos, de rareza extraordinaria en nuestros dias, y consultando grandes y variadas colecciones impresas en diversos países.

Este libro es, á nuestro juicio, la expresion genuina de la distinguida y generosa raza que á la sombra del frondoso árbol de la libertad, vivé y progresa en el mundo del inmortal Colon.

Madrid, Octubre 30 de 1879.

ANDRES BELLO.

A LA NAVE.

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO.

O navis, referent, etc.

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llévan? Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.
Aún ves de la pasada
Tormenta mil memorias
¿Y á correr la fortuna
Segunda vez te arrojas?
Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.
¡Ah! vuelve, que aún es tiempo,
Mientras el mar las conchas

De la ribera halaga
Con apacibles olas,
  Presto erizando cerros
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra.
  De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.
  ¿Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?
  ¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?
  Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;
  Y ya, padron infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.
  ¡Qué! ¿no oyes? ¿el rumbo
No tuerces? ¿orgullosa
Descojes nuevas velas,
Y sin pavor te engolfas?
  ¿No ves, ¡oh malhadada!

Que ya el cielo se entolda.
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?
¿No ves la espuma cana,
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta,
Que silva en las maromas?
Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda.

A LA VICTORIA DE BAILEN.

Rompe el leon soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena.
La espuma del furor sus labios llena
Y á los rugidos que indignado envía
El tígre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.
El leon despertó; temblad, traidores;
Lo que vejez creísteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras,
Perseguid, alevosos cazadores,

A la tímida liebre, al ciervo manso;
No insulteis al monarca de las fieras.

JOSÉ ANTONIO MAITIN.

AL AVILA.

¡Oh coloso, en cuya cima
Se encienden las tempestades
Y á cuyos piés las ciudades
Cual una mancha se ven,
Cómo sorprenden mis ojos
Tus peñascos imponentes,
Tus cumbres y esos torrentes
Que se estrellan á tus piés!
¡Oh! parece que se arrastra
Esa ciudad por el suelo,
Mientras que sube hasta el cielo
Ese monte colosal,
Esa rama de los Andes,
Que se levanta orgullosa;
Esa mole poderosa,
Que ante mis ojos está.
El templo altivo y suntuoso,
El palacio artesonado
Son juguetes, á tu lado,
Estupenda creacion;

Ni es extraño, que á tu vista
Su pequeñez no me asombre:
Aquella es la obra del hombre
Y tú eres la obra de un Dios.
Cuando te miro tan grande,
Tan estupendo y sublime,
Débilmente el labio esprime
Su profunda admiracion;
Y un fin no temo, que debe,
Segun mis luces escasas,
Incorporarme á esas masas,
Maravillas del Criador.

A LA CIUDAD.

Ciudad, desde esta eminencia
De la tarde al sol rojizo,
Esas cúpulas diviso,
Con que coronas tu sien,
Y tus blancos edificios,
Tu catedral con su torre
Y el Guaire veloz, que corre
Entre calles de ciprés.
¡Las cinco!... Cuando resuene
Esta hora otra vez mañana,
Los ecos de esa campana
Escuchar no podré yo,

Ni admirar desde esta altura
El sol, que baja á Occidente
Por ese rastro explendente
De grana y de tornasol;
  Que otra fila de peñascos
Y otras cumbres y otro monte
Del apartado horizonte
Los confines cerrarán;
Y cuando ansiosos te busquen
En la llanura mis ojos,
¡Oh ciudad! troncos, abrojos
Y desiertos hallarán.
  ¡Ciudad! desde aquí descubro
Tu catedral con su torre
Y el Guaire veloz que corre
Entre calles de ciprés:
Tal vez en esta eminencia
Hago mi último paseo;
Tal vez, ciudad, yo te veo
Por la postrimera vez.

ABIGAIL LOZANO.

—

NAPOLEON.

—

> Despues de Satanás, ni hombre, ni ángel, ni demonio han caido de tan alto.
>
> BYRON.

I.

¡Aguila del Desierto, cuyo nido
Mecióse entre las roncas tempestades!
Flamígero cometa, suspendido
Sobre el cielo sin fin de las edades!
Tú que en las mismas aguas del olvido
Has lanzado tus régias claridades,
Dios caido del trono de los dioses,
¿Quién recibió tus últimos adioses?

II.

No en verdad las pirámides que oyeron
Tus pasos de Titan y retemblaron;
Ni el Nilo cuyas Náyades te vieron
Y asombradas tu nombre murmuraron;

No las grandes ciudades que encendieron
Sus torres y en las noches te alumbraron.
¿Quién fué?... ¡Silencio!... Trémula mi boca
Nombra apénas el mar... nombra una roca.

III.

La tierra y el Océano orbe estrecho
Eran para tu anhelo de gigante;
De tu imperial vivienda régio techo
El firmamento colosal, flotante;
Diadema tuya el sol... tu postrer lecho...

. . . . . .

El Ponto lo dirá con voz tronante...
Tú lápida... ¿Es verdad, Titan del Sena?
El peñasco fatal de Santa Helena...

IV.

Y así como retiembla la montaña
Al desprenderse el roble corpulento,
Se extremeció el palacio y la cabaña,
Cuando caíste mudo y sin aliento:
El mar que ese peñon siniestro baña,
Tronó, dicen, con tétrico lamento,
Y que nube de horror, nadando en nieblas,
Derramó en Waterlóo densas tinieblas.

V.

El alma de tu cuerpo desprendida

Surcó el éter con vuelo majestuoso,
Y por tus viudas águilas seguida
Al alcázar llamó del poderoso;
Del pórtico al dintel fué detenida
Por un brazo invisible y vigoroso,
Porque el cielo temió, que en tu demencia
Fueses á conquistar la Omnipotencia.

VI.

¡Mortaja del coloso de la guerra
Tú sola fuiste, Albion, del mar señora!
¿Por qué?... Porque un pedazo de tu tierra
Fué á pedirte el coloso en mala hora...
¡Y le diste un peñasco!... En él se encierra
Tu más horrenda página, ¡traidora!
Allí arrastra un espectro sus crespones
Y te cubre de eternas maldiciones.

VII.

¡Postrado ya el leon, lo encadenaste!
Y de lejos oyendo su rugido,
¡¡Tú, del mar la señora, tú... temblaste!!
Por el puñal de la traicion herido
Cayó á tus piés... ¡Entónces respiraste,
Vencedora alevosa del rendido!...
El Océano mismo no podría
Borrar ese padron de cobardía...

. . . . . .

VIII.

Tú no eres tan culpable... ¿Dónde estaba
La poderosa Francia, la temida?
¿Por qué no le salvó?... ¡Le contemplaba
Desde la alpina cumbre sonreida!...
¡Y él que la hizo tan grande!... Ella danzaba
Sobre sus mil trofeos... y la vida
Del *Héroe-Dios*, volcan ya moribundo,
Lenta espiraba allá en el mar profundo...

IX.

¡Eso es la gloria!... ¡Napoleon! ¡Bolívar!
Génios resplandecientes cual cometas,
Una copa de flores y de almíbar
La diosa os presentó, grandes atletas;
Pero en el fondo, emponzoñado acíbar
El destino guardaba... y anchas grietas
Abriendo en vuestro seno, los pesares
Os ahogaron á orillas de los mares.

X.

¡Eso es la gloria!... El génio armipotente,
La homérica deidad de las batallas,
Tú, Bonaparte, sol en Occidente,
Tumba entre rocas maldecidas hallas
En medio de los mares... Y esa frente
Que dasafió mil nubes de metrallas,

Sólo Bertrand, el bravo granadero
La sostuvo en el trance postrimero.

SUSPIROS DEL ARPA.

Perezca el dia en que nací,
y la noche en que se dijo:
Concebido ha sido un hombre!..

JOB.

¡Génio de las tristezas!... dulce amigo,
Que en tu copa de negra adormidera
Recogíste la lágrima primera
Que convertida en sangre derramé.
Ven y llora conmigo; ven y cubre
Con tus alas pacíficas mi frente...
¡Oh! ¡por piedad! perdon... si yo indolente
La lira que me distes olvidé...
Yo te adoraba como adora el niño
Su religion primera... mas el mundo
La voz ahogó de mi dolor profundo
Con el ronco estallido de su voz.
Yo te adoraba como adora el alma
Su amor primero, su ilusion primera;
Como adoraba el mártir en la hoguera
La imágen invisible de su Dios.
¡Ven!... estoy triste... Tiéndeme los brazos
Y sosten mi cabeza enloquecida

Y el resto de la historia de mi vida,
Desde que adios te dije, lo sabrás.
Oye: ví una mujer cuyos hechizos
El mismo Dios alegre contemplaba;
Ella como á ese Dios me idolatraba
Y yo la amé, cual no se amó jamás.
¡Oh! ¡si la vieras tú!.. Si aquella boca,
Urna en que un beso del amor no cabe,
Te perfumara con su aliento suave,
Esencia voluptuosa de su amor:
Tú mismo, loco, sonriendo, alegre,
De tu negro pesar te olvidarías
Y en santas y celestes alegrias
Se cambiara tu lúgubre dolor.
Y esa mujer ¿lo escuchas? ¡ya no es mia!
Su cadena de amor eran mis brazos;
Pero el infierno destrozó los lazos
De aquella dulce dicha que envidió.
¡Maldicion! ¡Ya no es mia! ¡La he perdido!
Viudo mi corazon en vano llora...
Huyó con sus crepúsculos la aurora
Y todo en negra oscuridad quedó.
Al mar de luz en que nadaba el alma,
Sucede un mar de llantos y tiniebla
Y el cielo entero de mi amor lo puebla
Nube siniestra de infernal color...
Ya no se escucha en mi encantada selva
De su paloma lánguida el arrullo...
La brisa allí no tiene ya murmullo ,
Ni suspiros las hojas ni rumor...
¡Gónio de las tristezas! dulce amigo,

Que mi primer suspiro recibiste,
Ven y llora conmigo que estoy triste,
Conmigo abandonado de mi Dios...
Ven, dulce compañero, hermano mio,
Estréchame á tu seno cariñoso,
Confunde con el tuyo mi sollozo,
Confunde tus adioses con mi adios...
Adios, ¡hermosa! religion querida,
¡Reliquia Santa de mi amor profundo!
Si hoy nos separa enfurecido el mundo,
Mañana el cielo á unirnos volverá;
Porque el amor que vive en nuestras almas
Es un gran eco del amor del cielo
Y ese gran eco emprenderá su vuelo
Y al gran concierto pronto se unirá.
A Dios, ¡hermosa!... el arpa vacilante
Rueda á mis piés en lágrimas bañada;
Y agonizante el alma, desolada,
Solo puede pedirte compasion...

. . . . . .

No me maldigas tú, mujer querida,
De mi amor y mis llantos heredera,
Y á quien doy en ofrenda postrimera
Un suspiro... una lágrima.. ¡un adios!

LA FLOR DE MAYO.

Flor voluptuosa de la agreste selva,
Del verde mayo lúbrica sonrisa,

En cuyo seno la sonora brisa
El ámbar de otras flores va á guardar,
Cuando tu cáliz ví tan hechicero
Y tu vívida tinta encantadora,
Me pareciste de la vírgen Flora
La huella leve que dejó al pasar.
Bella cual la sonrisa de un arcángel,
Cual los sueños de América inocente,
Mayo, para diadema de tu frente
En un jardin del cielo te escogió,
Y tal vez de la noche en el silencio
El dios de la montaña te enamora,
Y acaso junto á tí la roja aurora
Dulcemente dormido le encontró.

FRANCISCO ARANDA Y PONTE.

POSTRER ADIOS DEL AMOR.

Alegran los jardines de la vida
Las rosas del amor, aunque á su lado
Yerbas crezcan de tallo envenenado,
Que allí destilan su letal licor;
Alégranlos un dia, mas el tiempo
Tras su cuchilla despiadada tala
Ramas y plantas y florida gala,
Si, amor pronuncia su postrer adios!

En vano con promesas intentamos
En su tristeza acariciar el alma;
En balde un más allá de paz, de calma
Señala á nuestro afecto el corazon;
Bien puede, en una hora de infortunio,
Ordenarnos partir la instable suerte;
Mandarnos alejar puede la muerte
¡De nuestro amor tras el postrer adios!
Amable la Esperanza todavía,
Alzando nuestro aliento comprimido,
Inclínase á decirnos al oido:
Aún puede renovarse nuestra union.»
Bajo ese sueño mentiroso al ménos
El pesar distraido se aletarga,
Ni apuramos de amor la copa amarga
Envenenada en el postrer adios!
Mirad, ¡ay! ese par que unió el afecto:
Crecieron uno y otro en dulce encanto!
Crecieron... y sus flores, entre tanto,
Vertió sobre sus años el amor;
Por breves dias florecieron juntos
De la franqueza en la estacion primera;
Mas pronto terminó su primavera
Bajo el invierno del postrer adios!
¿Por qué corre esa lágrima hasta el suelo
Y tu rosada tez así mancilla,
Surcando, vírgen bella, esa mejilla,
Hermana de tu seno en el color?
¡Ocioso preguntar!—Víctima fácil
Del intenso dolor que te enajena,
Sucumbió tu razon á la honda pena

Que hirió tu amor tras su postrer adios!
¿Quién es aquel misántropo que huye
Del recinto y rumor de las ciudades?
Luchando entre mortales ansiedades,
Sus antros pide al bosque por mansion;
Presa allí del delirio que le mata,
Los vientos ensordece con sus ayes;
Los ecos de los montes á los valles
De amor repiten su postrer adios!...
Agita el ódio el corazon que un tiempo,
De amor aprisionado en dulces lazos,
Probada, palpitante en sus abrazos,
Halagos y caricias de afeccion;
Frenético despecho inflama ahora
La sangre de sus venas renegrida;
Sombrío ante el desierto de su vida,
¡Mide el abismo del postrer adios!
¡Oh! ¡cuánta envidia al miserable tiene
De alma de acero, indiferente, duro,
Que si ignora el placer, de bronce un muro
Tiene en el corazon contra el dolor!
Ese con risa los tormentos burla,
Que su pecho jamás sentir podría,
Y no teme por cierto la agonía
Que amor encierra en su postrer adios!
¡Huye la juventud, decae la vida,
Aun la misma esperanza se oscurece!
El primer entusiasmo al fin perece
Y se apaga con él toda pasion!

ULTIMA LUZ.

—

¡Poco me resta de vida!
Las fuerzas van decayendo
Y el alma va presintiendo
La funesta despedida.
En mitad de mi carrera
Llegando al límite voy!
La luz que mirando estoy
Es quizá mi luz postrera.
Rotos del cuerpo los lazos,
Por las ondas remecido,
Me voy á quedar dormido
Cual de una madre en los brazos.
Al frente mi esposa está:
¡Pobre niña, alma sencilla!
Lágrimas de su megilla
Ocultándomelas va.
¡Llora, infeliz! tu quebranto
No será el postrero, no:
Si llego á faltarte yo,
Amargo será tu llanto.
Si la vida transitoria
Se vá cual al mar un rio,
Quita por piedad, Dios mio,
A mi mente la memoria!

No asalte mi pensamiento
¡Ay! la imágen de mi hija;
Mi hora postrera no aflija,
Santo Dios, ese tormento!
Niña que al mundo despierta
Y que á la vida se lanza
Hallando de la esperanza
Cerrada, al salir, la puerta.
¿A dónde, á dónde las dos
Irán en duelo profundo
Sin más amparo en el mundo
Que la voluntad de Dios?
Tú á quien los buenos adoran,
Ten piedad de mi dolor,
Tú que eres padre, Señor,
El padre de los que lloran.
Yo sufro en paz mi destino,
Héme humilde y resignado
Como el viajero cansado
En la mitad del camino.
Jamás ódio ni rencor
En mi pecho formó nido.
Mucho sufrí; estoy rendido
Bajo el peso del dolor.
Constante mi pena fué
Y á la tumba vá conmigo,
Como el perro del mendigo
Que muere del dueño al pié.
Hijita del alma mia,
Tu memoria placentera
Vaya por mi cabecera

En mi lecho de agonía.
  Para mí no tuvo gloria
La vida, fulgor de un dia,
Mañana sin mediodía
Y recuerdo sin memoria.
  ¡Ay! si mañana mi prenda
Sedienta á una puerta toca,
Calmad la sed de su boca
De mi memoria en ofrenda;
  Y si el viento del destino
Contra mi hija se levanta,
¡Ay! arrancad de su planta
Las espinas del camino.
  Allá en orilla lejana
Con alma pura de niño
Me guarda tierno cariño
Una santa y noble anciana:
  Es mi madre; ella tambien
Por el hijo ausente llora,
Porque la pobre me adora
Como á su perdido bien.
  No le digais por piedad,
Que su hijo ya no existe,
Pues la infeliz no resiste
Pesar tan grande á su edad.
  Madre, esposa, hija del alma,
Pedazos de mi corazon,
Rezad por mí; la oracion
La angustia del pecho calma.
  Al abandonar la vida
Pienso en Dios y en ellas pienso,

Pues es mi amor tan inmenso
Cual triste mi despedida.
  Llevo en paciencia mi cruz,
¡Oh! Dios, que mi última hora
Bañe tu luz bienhechora,
Pues mira mi última luz.

JOSÉ H. GARCÍA DE QUEVEDO.

¡Á ITALIA!

ODA.

  Como en la azul atmósfera,
Desde la cumbre alpina,
Rauda se lanza el águila
Hasta que al sol vecina
Un punto el vasto Océano
Y el mundo vé á sus pies;
Mas si flechero impávido
Tiro mortal le asesta,
Herida el ave ciérnese

Y luégo en la alta cresta
Ya moribunda abátese
Rendida su altivez:
  Así caíste, ¡oh mísera!
De la sublime cumbre;
Y ora so el yugo férreo
De odiosa servidumbre
Inclinas mustia y pálida
La ántes soberbia faz;
Te humillas ante el bárbaro
Tirano que te asuela,
Sin que haya un sér magnánimo
Que de tu mal se duela,
¡Ni un campeon intrépido
Que ose por tí lidiar!
  ¡Qué! ¿Sólo esclavos tímidos
Se nutren en su seno?
¿La raza de los héroes
De Munda y Trasimeno
Ni un solo ilustre vástago
Dejó detrás de sí?
Tú, pátria de los Césares,
Camilos y Escipiones;
Tú, madre de los Régulos,
Los Brutos, los Catones,
¿No tienes ya ni mártires
Que osen morir por tí?
  Cuánto en el alma inspírame
Honda piedad tu llanto!
¡Cuánto, oh matrona, el lúgubre
Gemir de tu quebranto

Dolor infunde al férvido
Ansioso corazon!
¿Y á quién no mueve á lástima,
¡Oh Italia! tú amargura?
¡Ay! tus arroyos límpidos,
Tus campos de verdura,
¿Mas qué?... ¡tus mismas lágrimas
Libres tampoco son!
Raza de esclavos trémulos,
Nacion degenerada,
De tus abuelos ínclitos
Osa empuñar la espada!
¿Qué esperas ya?—¡Levántate!
¡No más esclavitud!
El sacrosanto lábaro
De libertad tremola!
¿Hay en tus campos fértiles,
Hay una piedra sola,
Que no recuerde altísimas
Memorias de virtud?
¡Sus! ¡Al combate! el ánimo
No os faltará, guerreros!
Brillen al aire fúlgidos
Desnudos los aceros!
Pueble el espacio el hórrido
Bramido del cañon!
Llene la trompa bélica
Los ámbitos del mundo
Y á la ardua lid arrójense,
Con brio sin segundo
Mil y mil dignos émulos

De Bruto y de Caton!
Ya se oye el ronco estrépito
De la feroz batalla;
Ya en ambas partes mézclanse
La sangre y la metralla:
¡Supremo Dios! !ayúdales
En la revuelta lid!
¡Sus! mis valientes ítalos,
Ilustres ciudadanos!
La Italia sus termópilas
Tendrá y sus Espartanos!
Ya so la régia púrpura
Tiembla el tirano vil!
Y si al romper impávidos
Nuestra servil coyunda
Morís, nunca del héroe
La sangre fué infecunda;
Que es el morir dulcísimo
Por pátria y libertad!
Sabed nuevos Leónidas
Morir con frente altiva!
¡Dará á los sacros túmulos
Honor la siempreviva
Y al llanto de las vírgenes
El lauro crecerá!
Mas ¡ay! el estro olímpico
El fuego sacrosanto
Del génio sumo fáltame
A tan sublime canto;
Pobre mi lira y rústica,
Mi acento débil es...

¿Qué importa? El fuego eléctrico
Que abrasa mis entrañas
En manantial clarísimo
De insólitas hazañas
Para ese pueblo indómito
Se trocará tal vez!
Tal vez la humilde cítara
Indigna de memoria,
Mejor entone el épico
Cantar de la victoria.
¡Tal vez el eco escúchese
En la remota edad!
Y si su gloria efímera
Con el cantar perece
¿Qué importa? Al vate bástale,
Como á la flor que crece
El sol, el aura plácida
De amor y de amistad.
¡Sus! mis valientes ítalos,
¡Sus! al feroz combate!
Responda al rudo cántico
Del extranjero vate,
Responda el grito altísono
De libertad y honor!
Y cuando la vorágine
Del tiempo en lo futuro
Con mi cadáver lívido
Trague mi nombre oscuro
Sólo una amiga lágrima
Os pedirá el cantor.

A LA LIBERTAD.

—

ODA.

No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura
O torpe iniquidad;
Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdon sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente:
¡Tal es la libertad!
Hija de Dios, de su bondad esencia;
Don el más alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino
Al hombre se ocultó;
Negra ambicion, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía
Tal vez la encadenó...
Más no puede morir: lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo,
Ni el hacha enrojecida del verdugo
Enerva su virtud!
Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada tal vez, jamás vencida,

Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!
Poco son á humillarla los tiranos;
Que el mundo vé y conoce sus derechos:
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos
Mil émulos y mil;
Que do el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones
Y hacen servir los pueblos y naciones
A su torpeza vil!
Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros, embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crímen y el error.
No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte:
Símbolo del perdon es su estandarte,
¡Su blando imperio amor!
Y lidia, sí;—pero en leal palestra;
Atacada, jamás provocadora;
Siempre grande en la lid, nunca opresora;
Que es númen celestial;
Y nunca armó su prepotente diestra
El ódio, ni el temor, ni la venganza;
Jamás para vencer urdió asechanza
Ni usó traidor puñal!
¡Pueblos! No es el rencor, ni la codicia,
Ni la torpe ambicion, ni la impía guerra
Los símbolos que anuncien á la tierra
Que ya lució su edad:
Si veis órden y paz, amor, justicia,

Adunados reinar en grata calma,
Alzad entónces al Criador el alma:
¡Esa es la libertad!

FRANCISCO G. PARDO.

EL NAZARENO.

Elí! Elí! lamma
sabacthani.

EL CRISTO.

Mártir sublime! espíritu fecundo! [aliento
Dios y hombre! hombre y Dios! de tu alma
Que inflama en luz los ámbitos del mundo,
Fecundiza mi ser; presta á mi acento
Tu fé suprema, tu dolor profundo,
Tus suspiros del Gólgota sangriento,
Cuando al influjo de tu amor divino
Cumplió la humanidad su alto destino!
Sólo á tí acudo; la olvidada lira
Que ecos profanos levantó sonora,
El himno hoy alza que tu fé me inspira,
Y al rayo fugitivo de la aurora,
Al último fulgor del sol que espira
Tras las colinas que su disco dora,
Abjuraré el error; la audacia vana

De mi perdida juventud temprana.
Níveas palomas del Jordan undoso
Cándidos cisnes de Salem, que un dia
Contemplásteis del drama tenebroso
El holocausto de la raza impía
Y vísteis en martírio generoso
Teñir su sangre la aspereza umbría,
Divinizad mi voz con vuestro arrullo,
Del arpa sacra al celestial murmullo
El Sol del viejo mundo en Occidente
Hundió su disco al despuntar tu lumbre;
Los ídolos paganos de repente
Cayeron á su propia pesadumbre;
La voz de la verdad omnipotente
Llenó la tierra desde la alta cumbre,
Cambiando por la nueva teogonía
Los cultos de la antigua idolatría.
En las aras de Vénus Citeréa,
De Minerva, de Júpiter y Apolo
Se alza la cruz que estiende gigantea
Sus anchos brazos desde polo á polo;
Su inmensa sombra sobre el jaspe orea
La sangre del altar derruido y sólo
Y los rayos de luz al mundo lanza
de la fé, del amor y la esperanza.
Enmudece la voz de las sibilas
Y callan los oráculos fatales;
Del templo so las bóvedas tranquilas
No mienten los conjuros infernales!
Ni al númen osan las confusas filas
De arúspices, augures y vestales

Y ruedan hasta el polvo dogmas, leyes
Y misterios y símbolos y reyes.
De la inmensa catástrofe las ruinas
Se hundieron en la sombra del ocaso,
No del hierro al furor, sí á las divinas
Gotas que encierra del amor el vaso.
Del Gólgota inmortal por las colinas
Al Cristo ved, que con doliente paso
Trepa al suplicio, su sepulcro cava
Por redimir la humanidad esclava!
Vedle cruzar la dolorosa vía,
Doblado al peso de la cruz la frente
Que guirnalda de espinas le ceñía;
Y en cambio de la clámide explendente
Y la sandalia de oro y pedrería,
Insignias del poder omnipotente,
Manto de grana por baldon le insulta,
Descalzo el pié sobre la roca inculta.
Veinte siglos repiten los acentos
Que en el monte fatal su voz murmura;
Víctima del oprobio y los tormentos,
Perdon reclama por la raza impura;
Las cítaras divinas por los vientos
Llevan al cielo su ideal ternura
Que luégo en luz y en esperanza y calma
Trocó la estéril soledad del alma.
La bíblica epopeya en su armonía
Trazó el horror del misterioso drama;
Espíritu de Dios, verdad sombría
De inmensa luz sus páginas inflama;
La musa de la Tierra no podría

Docta pintar sin su celeste llama
Ni la impiedad de la nacion deicida,
Ni al inmortal sobre la Cruz sin vida.
¡Proscritos del Eden! ¡caed de hinojos
Ante el leño del Gólgota sangriento!
Hácia el Inri fatal tornad los ojos,
Va á consumarse el sacrificio cruento;
Depon, Salem nefanda, tus enojos:
Dios va á exhalar su postrimer aliento,
Respondiendo á tu encono furibundo
Con el perdon del redimido mundo.
¡Vírgenes de Sion! ¡Casta María!
Del célico pensil nívea azucena!
Contempla allí la trémula agonía
Del que los mundos en su curso enfrena;
Ora al pié de la Cruz, derrama pía
Tu llanto y tus suspiros, Magdalena! -
Tú, apóstol del dolor, con voz que asombre
Pinta á los siglos la maldad del hombre!
¡Dios espiró! Sus inmortales brazos
Para estrechar la humanidad estiende;
El velo del altar hecho pedazos
De las judáicas aras se desprende
Y el rayo vibra en deslumbrantes trazos
Y voz de trueno los espacios hiende
Y el sol vela su lumbre gigantea
Y el Universo entero bambolea.
Muje el mar, brama el viento, abate el ala
De oro y azul el serafin del cielo,
El huerto pierde su amorosa gala,
Suspende el ave entorpecida el vuelo,

Voz de dolor naturaleza exhala,
Toda la creacion gime de duelo
Y en inmortal prodigio nunca visto
Salva á la humanidad muriendo el Cristo.

SOLEDAD.

—

¿A qué tan dulces horas
Traer al corazon, Leonor altiva,
Si el sol de esas auroras
Ya pasó con su lumbre fugitiva?
Callada está la ola
Del blando rio; el aura no despierta;
Y mi alma está sola!
Y la tuya, Leonor... la tuya, muerta!
Mira el bosque, sombrío;
Mústio el ciprés; fatídica la nube;
Y tu suspiro frio
Como esa niebla que del lago sube.
De tanto amor, abrigo,
Allí está ¿no lo ves? Seca la palma
Que fué mudo testigo
Del amor de tu alma y de mi alma.
Iris de mil colores,
Que expléndido brillaste una mañana,
Te fuiste con sus flores
Y entre sus orlas de zafiro y grana!

Todo sobre la ola
Pasó del tiempo con tu amor y el mio;
Y mi alma está sola!...
Y está sin tí mi corazon vacío.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA.

CIENCIA Y POESIA.

Á ARÍSTIDES ROJAS.

Harto tiempo dudó la musa mia
Si en el recinto de la adusta ciencia
Pudiera hallar calor la fantasía
Y auras propicias de fugaz esencia.
Si aquella es la razon, yo me decía,
Y esta sueño no más, vana demencia,
¿Cómo osará llegar mi pobre lira
A la séria verdad con su mentira?...
Eco de la ilusion, fugaz destello
De ese invisible mundo de la idea;
Armoniosa palabra de lo bello
Que canta un Dios que su entusiasmo crea;
Luz que en sí se refleja y goza en ello;
Prisma de cuanto el corazon desea

Es garza nada más, flor de la espuma,
Que alegre mueve la nevada pluma.
¿Cómo pensar pudiera dulce abrigo
Hallar donde á su gusto es todo extraño,
Y acaso fuera con dolor testigo,
Del desden de la ciencia por su engaño?...
Así mis versos son gaje al amigo,
Y temor no ha de haber de injuria ó daño;
Que él une al pensamiento de su frente
Alma que sueña y corazon que siente.
Si él sabe que ese sol rayos creadores
A fecundar la tierra nos envía,
No desdeña la gracia y los colores
Conque en vestir sus obras se extasía;
No olvida por el fruto de las flores
La gaya pompa y fresca lozanía;
Ni por seguir del sol el régio paso
Crepúsculos del alba ó del ocaso.
Si sabe que ese azul del firmamento
Es sólo una ilusion de los sentidos,
Y juegos de la luz, nubes y viento
Esos mantos purpúreos desceñidos,
Lo infinito al buscar su pensamiento
Detiene allí sus pasos decididos,
Y en medio á ese fantástico palacio
Bendice el lujo y gala del espacio.
Si en ese polvo de oro en que esmaltado
Muestra la noche el nebuloso velo,
Otros mundos su espíritu elevado
Descubre y cuenta al contemplar el cielo;
Si del cometa el viaje dilatado

Recorre audaz con incansable anhelo,
De Vénus á la luz diáfana y pura
Se embriaga en el amor de la hermosura.
De Diana no tan sólo en la luz mira
Reflejo de otro foco desprendido,
Ni el raudo escape en que la tierra gira
Lleva no más su espíritu atrevido;
Inquiere, busca, mas buscando admira.
Y ante el concierto universal movido,
De fé sagrada ardiendo en ígnea llama
Espera, siente, crece, suspira y ama!
Cual al soplo de Dios, de entre el vacío
Brotó la luz y derramóse ardiente,
Galano con su vírgen atavío
El mundo se ostentó, de floreciente
Pompa adornado; y la mar y el rio,
El viento gemidor y blando ambiente
Y todo en él mostraba el alto sello
Que encubre lo fecundo con lo bello.
El insecto que vá de rosa en rosa,
Como en juego infantíl, fugaz propaga
La simiente impalpable y vaporosa
Al propio tiempo que la vista halaga.
No es lujo nada más la mariposa,
Ni el ave solo por deleite vaga;
Y hasta el perfume de la flor más leve
Hácia un objeto real el aura mueve.
Cuando rasga la nube el pardo velo
Y el rayo parte en cólera sublime,
Brillará luego más sereno el cielo,
Libre la esfera al yugo que la oprime:

Y al benéfico influjo el mismo suelo,
Abriendo el seno á nueva vida, exime
Al labrador de inútiles fatigas
Brindando á manos llenas las espigas.
Cuando visita el Sol el polo helado
Que su fecunda luz ansioso espía,
Es que lleva un consuelo al desterrado
De las tierras de Dios del mediodía;
Y, cuando de allí torna fatigado,
Á los vientos del norte les confía
Que con rápidas brisas fuego ardiente,
El ardor calmen de su fresco ambiente.
El ígneo foco que bullendo mora,
Corazon de la tierra palpitante,
No solo con su llama creadora
Hace habitable el mundo y fecundante;
Él funde la esmeralda y la colora,
Presta sus vivos rayos al diamante
Y en caprichosos, pródigos raudales,
Abrillanta y da á el hombre los metales.
Y por mirar los bienes que derrama,
Quebrantando la cárcel que lo encierra,
Corona en luz de abrasadora llama
Las altas cumbres de la madre tierra.
Aliento de gigante que se inflama
E inquieto lucha en sempiterna guerra,
Y que al romper así sus duros lazos
No hace al mundo en su cólera pedazos.
Y todo tiende á un fin; lo bello y bueno
Dios lo sembró con tan profunda mano
Que es bálsamo benéfico el veneno,

Necesario á la vida el vil gusano.
¿Cómo juzgar de tal virtud ajeno
Sólo al hirviente númen soberano,
Porque en cantar lo bello se recrea,
Hijo del dueño, esclavo de la idea?...
Á tí la ciencia no robó egoista
De tempranos abriles la fé pura,
Y las leyes del mundo no á tu vista
Fueron en vez de sol tiniebla oscura!
Ni ciega tu razon materialista,
Negó su propio sér en su locura;
Para tí tiene aún la verdad galas,
El alma voz y el sentimiento alas.
Gozas por eso tú si reverbera
La luz del sol en trémulo rocío;
Y es fiesta al corazon la primavera,
Dulce tristeza el caloroso estío;
Y te place soñar en la pradera,
So fresca sombra, en hondo desvarío,
Volar dejando el alma en las regiones
Do se inundan en luz los corazones.
«Que nada va más léjos ni es más bello
Que lo que el alma en su delirio sueña.»
Cuanto hay grande y sublime es un destello
De lo que entónces su vision enseña.
Rompiendo audaz el misterioso sello
De la materia frágil, la desdeña,
Y, suelta al fin de odiosas ataduras,
Reina feliz se ostenta en las alturas.
¿Qué del orgullo estúpido arrogante
Importa así de su desden el hielo

Al que sintiendo aliento de gigante
Puede en sus sueños visitar el cielo?
¿A aquel que el mundo todo, nuevo Atlante,
Cargar intenta en su insaciable anhelo
Y, todo alma y corazon ardiente,
Un nuevo sol divisa en el Oriente?...
No importa, no, su falsa indiferencia,
Que al prestar Dios á cuanto existe aliento,
Lo dió á la fé, brindólo á la creencia,
Al alma, al corazon, al pensamiento.
Si misterios creó, fué por la ciencia;
Dió lágrimas y amor al sentimiento,
Y á la eterna beldad y su armonía
La voz de lo ideal, la poesía.

A LA ACTRIZ

DOÑA VENTURA MUR.

Decirte que eres hermosa,
Que tienes gracia y talento,
Es decir muy poca cosa,
Es no decir lo que siento.
Pues pobre es á tí la palma
De amor ó de admiracion;
Que artista, robas el alma,
Y mujer, el corazon.

Por eso cuando te miro
Sobre la escena, Ventura,
No sé si tu génio admiro
O si adoro tu hermosura;
Que el arte en tí y la mujer
Se disputan la victoria,
Y nunca es dado escoger
Entre el amor ó la gloria.
Si de la pasion coloras
Los mil cambiantes matices,
Adoro cuanto tú adoras,
Maldigo lo que maldices.
Por tí el arte no es ficcion,
Sí verdad que palpo y siento,
Desborde del corazon,
Perfume del sentimiento.
Si cantas, tu alma le ofrece
Su dulce expresion al canto,
Y cada nota parece
Que es una gota de llanto.
Si sonries, enajenas,
Y refresca tu sonrisa
Cual de un campo de azucenas
Leve y perfumada brisa.
En fin, todo en tí, Ventura,
Milagro es, mágia, portento,
Un prodigio tu hermosura
Y un prodigio tu talento.
¿Quièn habrá, pues, que resista
A tu invencible poder,
Si admirando como artista

Seduces como mujer?...
  Cuando aplaudo, por mi parte
Lo confieso y no lo oculto,
Nunca sé si aplaudo el arte
O rindo á tu beldad culto.
  Porque el alma seducida
Bajo ese doble explendor
Permanece dividida
Entre admiracion y amor.
  ¿Te amo ó te admiro? Lo ignoro
Y ademas saber no intento
Si es que á la mujer adoro
O me entusiasma el talento;
  Pues dudando entre recelos,
No habrá temor que mi ofrenda
Ni cause á la artista celos,
Ni que la mujer se ofenda.

JACINTO GUTIERREZ COLL.

ARMONÍA.

Brillan tus ojos, cual la lumbre pura
  Del astro de la luz;
En los mios está la noche oscura
  De lúgubre inquietud.
Es tu frente que ciñen crenchas blondas,

Tersa como cristal:
En la mia grabó sus huellas hondas
Incógnito pesar.
Cual pétalos de rosa, tus mejillas
Ostentan su color:
Las mias son las hojas amarillas
Que la tarde secó.
Blanda palpitacion esa que mueve
Tu seno de jazmin:
El mio apena á respirar se atreve,
Por miedo de gemir.
Tiene tu voz la dulce melodía
De un canto celestial:
Yo no sé quién me dijo que la mia
Parece sollozar.
Del amor embriagada con la esencia,
Te miro sonreir;
Y bendigo tu cándida inocencia
Y lloro y no por mi.
Irresistible imperio me conduce
A tu lado en mi afan:
Junto al rayo benéfico que luce,
La sombra siempre va!

SOMBRAS.

Gloria, ambicion, amores,
Yo en el altar de la esperanza mia

Culto de adoracion fiel os rendia;
Allí regó mi juventud sus flores
Allí mi corazon, mi fantasía
Soñaron con un mundo de explendores.
Huyeron, ¡ay! huyeron;
Y quedó mi horizonte solitario...
¿Quién volverá la lumbre á los que ardieron,
Como soles, de mi alma en el santuario?
Mis cándidas y dulces ilusiones
Murieron, cual los sones
Del cisne amante que cantando espira;
Como muere la efímera hermosura
De la flor en la cálida llanura
Bajo el ala del viento que suspira.
Y ahora, ¿quién se levanta en el oscuro
Reposo del pasado desvarío?
Como al poder de lúgubre conjuro
Sombras siento vagar en torno mio...
Y ni un rayo de luz para mis ojos!
Ni un poco de calor para mi alma!
¿Qué son estos despojos,
Que así me cercan con siniestra calma?
Bien os conozco ya: sois las memorias
De cuanto amó mi corazon ardiente;
Sois las mentidas glorias
Que fatigaron mi abrasada mente;
Sois las reliquias yertas
De todas las venturas que en un dia
Vió la esperanza mia
En el erial del desengaño muertas!
Espectros del pasado,

¿Qué me quereis? Recuerdos punzadores,
En vano en mi redor se alza enlutado
Ese tropel de sombras con que el hado
Acrece, aumenta, exalta sus rigores.
Como el bajel perdido
En los revueltos mares,
Así se hundió en la tumba del olvido
La historia funeral de mis pesares.
Recuerdos, ¡apartad! Quiero la vía,
Donde la planta muevo,
Solitaria, vacía...
Como la noche que en alma llevo!

CONSOLACION.

Orillas de una fuente,
Un triste peregrino contemplaba
La trémula corriente,
Que la verde campiña fecundaba;
Y una lágrima ardiente,
De sus ojos caida,
Muda señal de su infortunio grave,
Corrió luégo en las ondas confundida;
Y él murmuró: Quien sabe
Si esta fuente sin nombre
Que da sávia á la flor y vida al ave,
Es hija de las lágrimas del hombre!

Yo lo escuché; y mi alma
Volví gozosa á quien los orbes rije,
Y, poseido de inefable calma,
El raudal de mis lágrimas bendije.

TINIEBLA.

—

¿A dónde me conduces?—¡Ven conmigo
¿Qué sombra es esa que nubló tu frente?
Cállate, por piedad, que el son doliente
Oigo de un funeral si estoy contigo:
¡Loca ilusion! creí que te salvaba...
—No: soy yo quien te arrastro en mi carrera.
—Haz de mi sér lo que tu antojo quiera;
No te baste mi amor: seré tu esclava.
La tempestad de tu dolor extraño
Callará junto á mí: ¿no estás contento?
Más horrible que nunca es mi tormento.
Dime ¡quién eres, pues!—El desengaño.

FRANCISCO DE SALES PEREZ.

EPÍGRAMAS.

I.

Con una enferma casó
Juan por ponerse en dinero;
Y ¿sabes en qué paró?
En que él se murió primero,
Porque el mal se le pegó.

II.

«Pues tan liberal te dices,
Facilítame un doblon!»
Le dijo Blas á Ramon.
¿Se lo dió?—Por las narices
Con el puño del baston.

III.

Cuentan que un doctor (no sé
En cuantas ciencias de fijo)
Viendo un burro muerto, dijo:

«Hé aquí lo que yo seré.»
El cuento es viejo, mas cierto,
Pues, segun lo que discurro,
Quien es, cuando vive, burro,
Tambien será burro, muerto.

ELOI ESCOBAR.

ADIOS.

I.

Nube que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llévale mi triste acento,
Llévale mi adios á Lola,
Nube que vas por el viento!
Onda trémula del rio
Que vas tu amor murmurando,
Llévale ¡ay! el llanto mio,
Tú que vives sollozando
Onda trémula del rio!
Avecilla cantadora,
Suelta las alas y vuela
Y cántale, con la aurora,
Cántale mi cantinela,
Avecilla cantadora!

Y tú, dulce y tierno Amor,
Díle á Lola desde aquí,
Cuál me tiene Amor, á mí,
Su dolor y mi dolor!
Que si tú te vas, dejando
Sola mi alma noche ó dia,
La pobre alma se iría
Detras de tí supirando.
Dile que cuando la lumbre
Del sol corona el ocaso,
Va conmigo, tardo el paso,
Mi doliente pesadumbre;
Y sobre el altivo monte,
Lleno de este dolor mio,
Miro las vegas y el rio,
Blando Tuy, al horizonte;
Y en el azul oleaje
De la inmensa lejanía,
Miro á Lola, Lola mia,
Como tímido celaje!
Flores que delante de ella
El cuello vais doblegando,
No lloreis, que amor es blando
Y es levísima su huella.
¡Bajo sus piés, dulce olor
Suspirad, y nueva vida
Os dé mi Lola querida!...
¿No da la vida el amor?
No hagais como estas que moran
Cerca de mí, que me miran,
Pobres flores! y suspiran

Y como suspiran lloran!
Que es Lola luz suave y pura,
Es amor, dulce alegría,
Y yo doy, en mi agonía,
Dolor de la noche oscura.

. . . . . .

Nube que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llévale mi triste acento,
Llévale mi adios á Lola,
Nube que vas por el viento.

II.

La Tarde, suelto el cabello,
Va, la ropa descogida,
Y á llorar y amar convida
El rostro pálido y bello:
Tú amas, Tarde, al sol que viste,
Que te deja triste y sola;
Yo ví tambien y amo á Lola
Que me deja solo y triste.
Pues, hay Tarde, entre ambos hoy,
Una inmensa simpatía:
Tú eres la melancolía,
Yo melancólico estoy.
Yo miro palidecer
La incierta luz de tu frente,
Á medida que á Occidente
Baja el sol á fenecer.

Mira tú que el rostro mio,
Como va el celaje huyendo,
Va tambien palideciendo
Melancólico y sombrío.
En tu seno murmurantes,
Como de lágrimas llenas,
Van las fuentes, inserenas,
Y las auras, suspirantes.
En mí murmura y espira
Fuente de inmenso dolor
Y son suspiros de amor
Estas notas de mi lira...
Mas ¡ay! que la excelsa lumbre
Cayó al fin al hondo ocaso...
Ven conmigo, tardo el paso,
Mi doliente pesadumbre!...
Sombra que vas por el viento,
Como descarriada y sola
Llévale un hondo lamento,
Llévale mi llanto á Lola,
¡Sombra que vas por el viento!

JESUS MARIA GISTIAGA.

—

ESTOY POR LAS FEAS.

Hay un hecho, señores, bien probado,
Un hecho por demas particular,
Hecho sobre que pocos han hablado
Y que á mí me provoca á discertar.
Es el caso que nunca hubo poeta,
Desde el más inspirado al más ramplon,
Que al retratar su Filis ó su Cleta
No pinte una celeste aparicion.
Y á tanto llega esta pueril manía
Que apellidan Nereida á una mujer...
El cambio á un pez de espada agradaría,
Pero á un hombre, señor, no puede ser;
Que no hay vate tan zurdo y tan belitre
Que quiera contemplar á su Asuncion
Con el rostro bronceado del salitre
Y comiéndose crudo un tiburon.
Voy á probar que es una tontería
Aquello de *albo seno, breve pié,*
De aliento embalsamado de ambrosía
Y de cosas que todo el mundo vé;
Que el descosido que á una tuerta adora,
En lo tuerto encontró lo inspiracion;
Que la jiba que á algunos encocora,

A otros muchos aumenta la pasion.
He conocido un sabio consumado
Destilando á torrentes el amor
Por Dorila... de rostro acartonado
Y con un narizon que era un primor.
Pero es esta la ley de los caprichos,
Que en gustos nadie puede decidir,
Pues por mujeres que unos llaman bichos,
Mil otros se apresuran á morir.
Más permito que exista esa hermosura
Que llaman los amantes *dulce iman*,
Y que á mozos de seso y de cordura
Los trasforme en un blando mazapan.
Aun así, mi lector, fuerza es que creas
Que prefiero por más de una razon
Sobre todas las bellas á las feas,
Aunque brame la célica region.
Que es cierto que fué linda doña Elena,
Pero caro, por Dios, costó á Ilion,
Y más tarde la bella Ana Bolena
Anegó en sangre la feliz Albion;
Y aunque algunos en trovas de melaza
Me citen bellas y hermosuras mil,
No les he de entregar, por Dios, la plaza,
Ni han de lograr ponerme en fuga vil;
Que para contestarles tengo quorum,
Sin maldito el trabajo, vive Dios!
No tengo más que abrir el Flos Sanctorum,
Do para cada linda hay feas dos.
Ahora bien, ¿hubo nunca una bonita
Tan llena de dulzura y de pasion

Como una bizca, y más si es cascadita
Y ha pasado viruela y sarampion?
¿Dónde hallarse podrá tanta constancia
Como en una menguada de nariz,
Que viaja sóla hasta la misma Francia,
Sin cometer jamás ningun desliz?

Y en cuanto á ventajas reales
Hablad, casados, por mí,
Puesto que sufrís los males
Y caprichos infernales
De la desposada hurí!
Para mí tengo por cierto
Que esposa de linda faz
Hace dormido á un despierto,
Y sólo cuando está muerto
Tiene su cónyuge paz.
Y si es fea rematada,
Es hacendosa hasta el fin,
Siempre amante, reservada
Y muy poco codiciada
Del vecino figurin.
Y si es bella, como el vino
Tiene un picante vapor
Que pone al cuyo mohino
Y le hace perder el tino
Con su diabólico ardor.
Que la fea es cuidadosa,
Religiosa sin igual,
Muy aseada y oficiosa
Y la joya más preciosa

De la vida connubial.
Y la linda es veleidosa
Mariposa en el pensil,
Siempre altiva y desdeñosa
Y cuanto ella es más hermosa,
Es más carga concejil.
Y la fea con la aguja,
Siempre empleada en su labor,
A su cónyuge no empuja,
Ni lo acosa, ni lo estruja
Con *soirees* y tocador.
Y la linda gasta en trajes
Hasta el último doblon
Y os adeuda con encajes,
Gorras, cintas y otros gajes.
¡Oh Dios! ¡Qué revolucion!

¿Y la fidelidad? ¡Oh Dios eterno,
Líbranos por piedad de todo mal!
Quiero por novia un trasgo del infierno
Antes que una escrecencia capital.
Quiero cargar con una mujer *roma*
Que tenga la figura de una col,
Antes que las pupilas me carcoma
Una damita linda como un sol.
Yo quiero, al retirarme por la noche
Encontrar quien endulce mi pesar,
No una Perí que sin piedad me boche
Y, cuando he de dormir, me haga velar.
Quiero mujer que, cuando esté yo enfermo,
No ande con ascos al basilicon;

Que me consuele, si me ataca el muermo,
Y me meta por fin en el cajon.

EL CUENTO

DE UN GATO Y UN RATON.

Un señor de copete
Que manejaba el fisco el año siete,
Guardaba en su despensa,
En cantidad inmensa,
Muy ricas provisiones
De chorizos, jamones,
Conservas, quesos, ostras y cecinas
Y otras mil golosinas,
Colgadas en lo alto
Para garantizarlas del asalto
Y de los malos tratos
De perros y de gatos
Que, como en casas grandes es costumbre
Andaban en confusa muchedumbre.
Tan cierto estaba el dueño
De que era vano empeño
Para el gato más ágil y flexible
El poder atrapar un comestible,
Que siempre estaba abierta
De aquel rico depósito la puerta,

Y entraba con frecuencia
(Admirad la paciencia!)
Un expléndido gato
Sólo para gozar con el olfato
De las emanaciones excitantes
De aquellos jamoncitos tan flamantes,
Pues no pensó jamás el desdichado
Atrapar el más mínimo bocado;
Mas quiso su fortuna
Que una noche de luna
En que miraba al techo
Y suspiraba hasta romperse el pecho,
Descubriera un gordísimo raton
Que estaba ¡oh qué embeleso!
Dormido sobre un queso;
Y observando al momento
Que era vano el intento
De alcanzar con un salto
Aquel lugar tan alto,
Cambió de baterías
Y así dijo con mil zalamerías:

EL GATO.

Ilustre ciudadano,
Vuestro tipo romano
Y el talento profundo
Con que admirais al mundo,
Me fuerzan, en verdad,
A ofreceros mi amor y mi amistad.

EL RATON.

En tu amistad no creo
Porque tus uñas veo
Y siempre has dado caza
A mi valiente raza.

EL GATO.

Allá en los tiempos bárbaros, es cierto
Que algun raton he muerto;
Mas la divina luz del cristianismo
Desterró mi egoismo,
Y ya soy otro gato
Más humano y sensato
Que mira en tí un portento
De amor y sentimiento.
¡Ah! Si me fuera dado
Estar siempre á tu lado
Oyendo tus lecciones
Y admirando tus raras perfecciones!
Pero la grande altura
En que moras me llena de amargura.

EL RATON.

Tienes razon en parte,
Oh pobrecito uñarte,
Y tu candor alabo;
Pero, dime, ¿qué piensas de mi rabo?

EL GATO.

Tu rabo es un magnífico presente
Con que el cielo clemente
Ha querido ensalzar tu gentileza,
Mostrando su poder y su grandeza.
O soy un ignorante y nada valgo,
O al hombre desrabado le falta algo;
Mas me duele en exceso
La nuca y el pescuezo:
Bájate, amigo mio,
Déjame contemplarte á mi albedrío!

EL RATON.

Yo sé que eres mi amigo;
Mucho me gusta conversar contigo;
Mas me asaltan memorias
De sangrientas historias,
Y así no extrañarás de mi hidalguía
Que yo te pida alguna garantía.

EL GATO.

¡Oh Dios! muy bien merece
Este pobre animal que nace y crece
Mísero y desdichado,
Que un héroe invicto como tú, criado
Para admirar las gentes
Con tus dotes pasmosas y excelentes,

Llegue á dudar un tanto
De mi sincero llanto
Y recuerde un pasado
En que tanto he pecado.
Si nada vale mi acendrado amor
Ni mi intachable honor
Para determinar á su excelencia
A dejar por un rato esa eminencia,
En un negro agujero
Muy léjos viviré del mundo entero,
Hasta que al fin la muerte
Término ponga á mi terrible suerte.

EL RATON *(enternecido.)*

No más, no más: ¡ya basta!
Eres ¡oh! gato, la bondad en pasta,
Hablas con elocuencia
Y ya vas á gozar de mi presencia.
¡Poder de la lisonja,
Capaz de doblegar hasta una monja!
El ratoncillo al punto, dicho y hecho,
Se bajó pavoneándose del techo,
Con un aire tan vano
Como el más estirado soberano;
Y no bien tocó el suelo
Cuando el gatazo al vuelo
Le dió dos manotadas
Y lo estrechó por fin en las quijadas,
Haciendo del raton una comida
Gustosa como pocas en su vida.

Yo he conocido á muchos que se pagan
De adulaciones viles y se embriagan
Hasta entregarse inermes maniatados
A la merced de pillos desalmados,

DOMINGO RAMON HERNANDEZ.

ALAS DE MARIPOSA.

Ráfaga de luz y grana
Mostraba allá en el Oriente
El crepúsculo, explendente
Precursor de la mañana.
En los cálices silvestres
De recien nacidas flores
Lucían sus mil colores
Las mariposas campestres.
Un niño las perseguía
Y, arrancándoles las alas,
Todas sus brillantes galas
En una mano escondía.
Mostró el sol sus rayos de oro
Y el niño alegre y ufano
Abrió la cerrada mano
Para mirar su tesoro.
¡Qué es esto! exclama al momento
El incauto simplecillo,

Viendo un ligero polvillo
Que se disipa en el viento.
¿De qué te asombras, mi amor,
Clama su madre querida,
Si es polvo la humana vida,
Polvo la planta y la flor!
Ese despojo que vuela
Y que á tus ojos se esconde,
Mejor que yo te responde
Y el triste fin te revela.
Calló la madre amorosa;
Y él, en edad tan temprana,
Vió escrita la ley tirana
Con alas de mariposa.

A LA ESTATUA DE BOLIVAR.

El és ¡el grande! Al contemplarlo siento
El sacro fuego que al poeta inspira,
Arde como un volcan mi pensamiento
Y se extremece mi sonante lira.
Truena mi voz como huracan violento,
O como el aura en el ciprés suspira,
Pues columbro enlazados á su historia
Palma de mártir y laurel de gloria.
Héroe libertador en cuya frente
Puso el Iris sus gasas de colores,

Insólita diadema refulgente
Con los variados tintes de las flores;
Espíritu profético y ardiente,
Que, bebiendo del rayo los fulgores,
Fuiste como centella desprendida,
Que alumbra, que colora, que intimida:
Á tu soberbio esfuerzo de gigante,
Derramando su expléndido tesoro,
Sobre nube de púrpura y diamante
Mostró la libertad su veste de oro;
Y al resplandor de su gentil semblante,
Y de himnos mil el armonioso coro,
Nuevo eden que forjó la fantasía,
Grande Colombia de tu amor nacía.
Ella se disipó como la espuma
Qúe los cambiantes reflejó del cielo;
Sobre tu alma que el dolor abruma
Cayeron sombras de profundo duelo;
Cegó tu vista sempiterna bruma,
Ciñó tus sienes tenebroso velo,
Y de tu noble corazon herido
Murió la llama, se apagó el latido...
Del hondo abismo de la oscura nada
Hoy tornas á la luz sombra gloriosa;
Y aunque ya no chispea tu mirada
Y está tu boca yerta, silenciosa,
Aunque no blandes la fulmínea espada
Envuelto en tu bandera victoriosa,
A tu aspecto de bélica grandeza
Levantarán los libres la cabeza.
No ha de tornar la horrible tiranía;

Y con júbilo pátrio y ardimiento,
Hasta que trema el orbe en su agonía,
Saludarán tu insigne monumento.
Nadie recordará mi poesía;
A nadie inflamará mi pensamiento;
Mas á tu palma y tu laurel en tanto
Bardo más digno elevará su canto.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

FANTASIA.

Mi alma de la vida en el desierto
Cargada de recuerdos siempre avanza,
Buscando en alas de la brisa un huerto
Donde nazca la flor de la esperanza.
De blanco lino en el flotante velo
Tú eres el ángel que en sus sueños quiso
Enviarme Dios para llevarme al cielo
Oh mística Beatriz del Paraíso!
Yo amaba el trueno del volcan que aterra,
La muerte asida al bote de la lanza,
El torrente rodando por la sierra,
El eco repitiendo la venganza.
Pero te miro á tí, naciente rosa,
Y amo la soledad del bosque umbrío
Y amo la flor que osténtase orgullosa,

Ceñida por los besos del rocío.
Rey del dolor, mi imperio de tristeza
Sobre campos y mares el sol dora,
Y en la noche eternal de mi cabeza
Cautiva estaba de tu amor la Aurora.
Pero tu rostro á contemplarme inclinas
Y al bello sol de tu mirada ardiente,
Esta corona tétrica de espinas
Aún puede florecer sobre mi frente.
¿Oyes el ruido en que los pinos crecen,
Y al caer de las hojas lo que hacen?
Son besos de placer que se extremecen,
Son suspiros de amor que se deshacen.
Amemos, pues, sobre el estéril suelo;
Posa en mi frente tu brillante ala,
Que para alzarnos al distante cielo
El arco íris servirá de escala.
Hoy quisiera bajar al Occéano,
Y de la tierra al corazon ardiente,
Por una perla para ornar tu mano,
Por un diamante para ornar tu frente;
Y ser quisiera el aura que perfuma
De tu inocencia la bendita palma,
Y recoger tu lágrima en mi pluma
Para escribir tu nombre sobre el alma.

VESPERTINO.

—

La tarde está muy triste;
Cual vírgen desposada
La luna está velada
Pensando en Endimion;
Solo en tu dulce piano
Despiértase el sonido,
Como esclavo dormido
Que llama su señor.
La idea, mariposa
De bullidoras alas,
Al peso de sus galas
Aduérmese en mi sien;
No sueñan los luceros,
Los vientos no palpitan,
Ni las flores meditan
Amando en el vergel.
Los pájaros del bosque
Sus cantos no modulan;
Los árboles no ondulan;
Bañados por la luz:
¿Por qué respira el alma
En lánguido desvelo?
¡Porque está triste el cielo
Y estás enferma tú!

———

DIEGO JUGO RAMIREZ.

LOS DESENGAÑOS DEL MUNDO.

—Hijo querido del alma!
—Madre del alma querida!
—Vuelves al pecho la calma!
—Tú al corazon das la vida!
—Vienes triste, acongojado.
—Triste, acongojado vengo;
—¿Qué tienes, hijo adorado?
—No sé, madre, lo que tengo!
Cuando el hogar dejé ansioso,
El bien juzgaba fecundo;
Y el corazon candoroso
Soñó la dicha en el mundo.
Hoy, dolorido suspira;
Lo ahogan los desengaños.
Mis cabellos, madre, mira!
¡No es la nieve de los años!
—Blancos están tus cabellos
De un rubio ayer tan brillante!
—Nevó el dolor sobre ellas!
Blanquearon en un instante!
El pensamiento golpeando
Sin cesar aquí en la frente,
Sus raíces fué secando

Y encanecí de repente.
—Tus ojos eran risueños...
—Las lágrimas los nublaron;
Que en pos de dorados sueños
Sólo decepcion hallaron.
Vieron donde quiera el vicio,
De su poder orgulloso,
Ofrecer en sacrificio
El débil al poderoso.
La virtud, hija del cielo,
Olvidada en su retiro,
Sin atreverse en su duelo
¡Ay! ni á exhalar un suspiro.
—Encanto del alma mia!
Ven y llora entre mis brazos:
Mitigarán tu agonía
Mis maternales abrazos.
Para aliviar tus pesares
Diré, con tierno cariño,
Aquellos dulces cantares
Que oias cuando eras niño;
Y si esto á borrar no alcanza
Tu inquietud y tu desvelo,
Cifra, hijo, tu esperanza
En la eterna paz del cielo!
—Sí, con tu amor, madre mia,
Volverá al pecho la calma,
Ya que perdió su alegría
Entre martirios el alma;
Y del hogar al abrigo,
Con este pesar profundo,

Madre, lloraré contigo
Los desengaños del mundo.

EL CORAZON Y LA CABEZA.

LA CABEZA.

Inquieto corazon, sueña y olvida
Las pavorosas sombras de tristeza!
¿Por qué vana quimera te intimida,
Como si fuera á terminar tu vida
Que hoy la esperanza á iluminar empieza?
¿Por qué vehemente sin cesar palpitas
Y el asilo romper del pecho quieres?
¿A qué la convulsion en que te agitas?

EL CORAZON.

Tú piensas y pensando te marchitas!

LA CABEZA.

Y palpitando tú, corazon, mueres!...
Te arrastran impetuosas las pasiones
Como á débil arista arrastra el viento.

EL CORAZON.

Y tú sueñas sin tregua con visiones

Que serán tu martirio y tu tormento
Sin acallar jamás tus ambiciones.
¿A qué te inquietas con soñada ciencia,
A qué te afanas con mentida gloria,
Cuando alcanzar no puedes la conciencia
De tu necio saber? Hé aquí la historia
De orgullo y vanidad en la existencia!
Yo siento, y al sentir sólo obedezco
La voluntad de Dios, ley soberana.

LA CABEZA.

Yo tambien al pensar, y me extremezco
Cuando la duda con teson me afana,
Y entre sombras y luz me desvanezco.

EL CORAZON.

Tú piensas, y al pensar te enorgulleces
Juzgándote con vista, pobre ciega;
Entre impalpables sombras te adormeces,
Y cuando el fin de la existencia llega,
Al observar tu engaño te extremeces,
Tú me impones el ódio, cuando amante
Me forjó para el bien la Providencia;
Por vana emulacion la fé inconstante
Queriendo hacerme esclavo de tu ciencia,
Y tu ciencia es ensueño de un instante.

LA CABEZA.

¿Mas si voy al azar por qué no evitas
Que la senda del mal tome en mi daño?

EL CORAZON.

Con necia presuncion te precipitas,
Y cuando al fin te hiere el desengaño,
Á salir y llorar sólo me excitas.
Sigue vagando en pos de tus quimeras,
Miéntras voy tras el bien con santo celo,
Que al borrarse esas sombras pasajeras,
En la orfandad te brindaré consuelo
¡Y una eterna esperanza cuando mueras!

LA CABEZA.

¿Dolido acaso de mi mal palpitas?

EL CORAZON.

¡Con duda impía sin cesar me hieres!

LA CAREZA.

Ley es de Dios: y pienso, tú te agitas...

EL CORAZON.

¡Piensa, sí, que pensando te marchitas!

LA CABEZA.

¡Y palpitando tú, corazon, mueres!

ELÍAS CALISTO POMPA.

—

ESTUDIA, TRABAJA, DESCANSA.

I.

ESTUDIA.

Es puerta de la luz un libro abierto:
Entra por ella, niño, y de seguro
Que para tí serán en lo futuro
Dios más visible, su poder más cierto.
El ignorante vive en el desierto
Donde es el agua poca, el aire impuro:
Un grano le detiene el pié inseguro;
Camina tropezando: *¡vive muerto!*
En ese de tu edad Abril florido
Recibe el corazon las impresiones
Como la cera el toque de las manos:
Estudia, y no serás cuando crecido
Ni el juguete vulgar de las pasiones,
Ni el esclavo servil de los tiranos.

II.

TRABAJA.

Trabaja, jóven, sin cesar trabaja:

La frente honrada que en sudor se moja,
Jamás ante otra frente se sonroja
Ni se rinde servil á quien la ultraja:
Tarde la nieve de los años cuaja
Sobre quien léjos la indolencia arroja;
Su cuerpo al roble, por lo fuerte, enoja;
Su alma del mundo al lodazal no baja.
El pan que da el trabajo es más sabroso
Que la escondida miel que con empeño
Liba la abeja en el rosal frondoso.
Si comes ese pan serás tu dueño,
Mas si del ocio ruedas al abismo,
¡Todos serlo podrán, menos tú mismo!

III.

DESCANSA.

Ya es blanca tu cabeza, pobre anciano;
Tu cuerpo, cual la espiga al torbellino,
Se dobla y rinde fácil; ya tu mano
El amigo bordon del peregrino
Maneja sin compas, y el aire sano
Es á tu enfermo corazon mezquino...
Deja la alforja, ve, descansa ufano
En la sombreada orilla del camino!
Descansa, sí, mas como el sol se acuesta,
Viajero como tú, sobre el ocaso
Y al astro que le sigue un rayo presta:
Abre así con amor tus lábios viejos

Y alumbra al jóven que te sigue el paso
¡Con la bendita luz de tus consejos!

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

INSCRIPCION PARA EL BUSTO DE CERVANTES

—

A Miguel Cervántes copia
La efigie que ves presente:
Fué pasmo de extraña gente,
Regocijo de la propia.
Fortuna le hirió con saña,
Mas saña tan sin fortuna.
Que ántes fué esa saña, á una,
Su fortuna y la de España.
Fué tornar fausto lo adverso,
Grande lo humilde su sino;
Su ingenio humilló al destino,
Dando á sus fallos reverso.
Falló contra su galera
Con doble estrago y espanto,
Y esa fué la que en Lepanto
Dejó al infiel sin bandera.
Para pena y por baldon
A la Mancha le condena,
Y él hizo númen la pena
Y de la Mancha blason.

Aherrojólo en lo profundo
De un calabozo nocivo,
Y fué de allí que el cautivo
Salió á cautivar el mundo.
Ya poeta, ya guerrero,
En ingenioso artificio
Dió muerte su pluma al vicio,
Dió vida al honor su acero;
Y entre donaire y hazaña
Inmortalizó en la historia
Con una mano su gloria
Y con ambas la de España.

VICENTE A. RENDON.

AMÉRICA.

ODA.

Homérica amazona!
Dormida al pié del Ande magestuoso
Recoge tu corona,
Tu laurel victorioso,
Alza! deja tu sueño voluptuoso!
Eleva el alta frente
A las nubes del cielo, y en tu mano,

El orbe lea, presente,
De su suerte el arcano
Como ley de tu ceño soberano!
De la creacion el dia
Dijo el Señor en su saber profundo:
«Perfecta es la obra mia,
Y acabada sería,
Sí, habiendo creado el orbe, creara un mun-
»Lo crearé y al instante [do.
Ese mundo será; pondré su asiento
En el césped fragante;
Será su aura mi aliento
Y su cielo el azul del firmamento;
»Del trópico en el cielo
Los esplendentes rayos por lumbrera,
Y por fecundo suelo
La edénica pradera
Con su constante, eterna primavera,
»Cual tierra codiciada
Le daré por linderos los océanos,
Por muros la esforzada
Nacion de americanos,
Horror y maldicion de los tiranos.»
Lo pronunció y, riente,
Sacó del seno de la estéril nada
La bella adolescente,
La América preciada,
Por la inocencia y el pudor velada.
Contémplala extasiado,
Gozosa de su bien, su Autor divino
Y dice: «He terminado;

La gloria es tu camino;
Levanta! ve á cumplir con tu destino!»

. . . . . .

. . . . . .

Del tiempo llegó un dia
Que los siglos absortos presenciaron;
La América reñía
Con fuerzas que aterraron
A los que bravos leones se llamaron.
Y luégo victoriosa
En su génio confiada y su bravura,
Se duerme perezosa,
Tranquila, inerme y pura
A la suerte confiando su ventura.
¡Homérica Amazona!
Dormida al pié del Ande magestuoso,
Recoge tu corona,
Tu laurel victorioso,
¡Alza! ¡Deja tu sueño voluptuoso!
La humanidad espera
Hallar en tu regazo el bien perdido...
¡América altanera!
El orbe conmovido:
El oráculo, dice, «se ha cumplido.»
De libertad el grito,
Por los aires doquiera resonando,
Al déspota precito
Las horas va contando
Y sus tronos en lodo sepultando.
El vínculo precioso,
Dictado por el Cristo en los umbrales

Del Gólgota afrentoso,
Unirá á las rivales
Hermanos con sus lazos inmortales.
Los disidentes ritos
Que la falsa piedad llamó profanos
Y yacen hoy proscritos,
Vendrán como cristianos
Al banquete de amor de sus hermanos.
Tan suspirado dia
Que fin dichoso da á nuestros afanes,
Aplaude, patria mia,
Al hórrido fragor de tus volcanes!
Con el pendon del libre
Y el acento de paz, de amor divino,
Del Amazona al Tibre,
Seguir es tu destino
A enseñar á los pueblos su camino.

FELIPE ESTEVES.

LA COMEDIA HUMANA.

Que el mundo es una comedia
Está probado hace tiempo,
Y al que llegára á dudarlo,

Fuerza es tenerle por necio.
Es verdad que algunas veces
Son terribles los sucesos
Que de la humana comedia
Complican el argumento,
Y que, por ser, como son,
A ocasiones, tan tremendos,
En melodrama ó tragedia
Cambiado un sainete vemos;
Pero esto mismo no es cosa
Que dura por largo tiempo,
Y siempre concluir se mira
En un saineton completo.
A probar estas verdades,
Si es necesario pasemos,
Que lo demas no sería
Mas que charla ó puro verso.
¿Qué han sido en el mundo siempre
Los que *grandes* se creyeron?
Farsantes y nada más,
Con algun tanto de ingenio;
Cómicos que sus papeles
Fácilmente comprendieron
Y á las tablas se lanzaron
Echando á la espalda el miedo.
¿Qué fueron Ciro, Alejandro,
Pirro, Aníbal y Pompeyo,
Mario, César y Trajano
Y los semidioses griegos?
¿Qué son los conquistadores
Y los que libertan pueblos?

¿Y qué son los Napoleones
Y los que han sido como ellos?
Comediantes entendidos
Qué, su época conociendo
Y sus fuerzas, con gran tino
Sus papeles escogieron.
Y su vida y sus acciones
O lo que llaman sus hechos,
¿No formaron en el mundo
De la comedia el enredo?
¿Y los sábios, los filósofos
Los moralistas, tan serios,
Porque viven engañados
Y nunca nada sabiendo;
Y los hombres de las leyes,
Agitadores eternos,
Que la justicia atropellan,
Cuando la están defendiendo;
Y los médicos, que viven
Enterrando hasta los buenos;
Y los que labran la tierra
Para vivir pereciendo;
Y los que á la usura llaman
Con el nombre de comercio;
Y los que á la mar se lanzan
En un frágil barquichuelo
Y por adquirir se entregan
A la merced de los vientos;
Y el que sueña en un destino
Soñando atrapar el sueldo;
Y que siempre enamorado

Puede pasarlo contento;
Y el que por el matrimonio
Se decidió torpe ó ciego;
Y el que afirma que los goces
Son propiedad del soltero;
Y el que piensa con los naipes
Llegar á ser otro Creso;
Y el que sólo á la pereza
Encuentra ajustado el cuerpo;
Y el que á tribuno se mete
Para burlarse del pueblo;
Y el que le da por hablar
Porque tiene voz de trueno;
Y el que se pone á escribir
En busca de algun provecho:
Y el que se aplica á poeta
Para estar de hambre muriendo
Y el que viene á ser soldado
O se mete á picapleitos
Para vivir en la holganza
O gozarse con lo ageno;
Y todos los que se afanan
Corriendo tras el dinero
Y pensando que la vida
Es esta que aquí tenemos;
Y todos, todos ¿qué somos
En este mundo, este infierno,
Sino unos locos de atar,
Unos cómicos completos,
Que al engaño y la maldad
Siempre inclinados nos vemos,

Que nunca queremos ser
Lo que á ser fuimos dispuestos?
No hay duda que en este mundo
Todo es comedia; es lo cierto
Que somos cómicos todos,
Buenos unos, otros lerdos,
Unos por cartas de más,
Otros por cartas de ménos,
Y que el más empedernido
En tomar la cosa en serio
Ese es el que más padece,
Porque es, sin duda, el más cuerno
O el que está de su papel,
Sin sospecharlo, más léjos.
Yo, que todo esto he podido
Comprender sin mucho esfuerzo,
Sabido tengo, cual pocos,
El papel que represento,
Y si á algunos, en mi turno
Y aunque me pese, entretengo,
Me burlo tambien de todos
Y con todos me divierto.

JUAN A. PEREZ BONALDE.

AYER Y HOY.

I.

Como ama el ave su nido,
Como al espacio la luna,
Como la perla su cuna
De nácar y rosicler,
Así tú me amaste un dia,
Cuando luciendo tus galas
Me arrullabas en las alas
De tu alma vírgen, mujer!
Como la luz al diamante,
Como al Señor el querube,
Como á los cielos la nube
De plateado color,
Así tambien te quería,
Así, mujer, te adoraba,
Cuando perfumes quemaba
En el altar de tu amor...

II

Cual se deshoja una rosa,
Como se quiebra una rama,
Como se extingue una llama,
Como se rompe un cristal:
Ciego, desaté un instante
Los de tu amor puros lazos
Y desgarré en mil pedazos
Tu corazon virginal.
Creencia que se evapora,
Flor que rasga el torbellino,
Sueño que borra el destino,
Angel que pierde su Eden:
Herida en lo más sensible,
Sin esperanza y sin calma,
Así se dobló tu alma
Al peso de mi desden...

III.

El tiempo pasa... De emociones ávida
Lanzóse el alma en pos de un ideal,
Fugitiva deidad que vuela rápida
Al quererla tocar.
Lumbre buscaron mis pupilas áridas
Goze supremo ansió mi corazon,
Pero sólo aspiró las brisas cálidas
De mentiroso amor...

IV.

Triste, sin fé, cual moribunda lámpara
El alma en sus recuerdos se fué á hundir
Y entre gasas de luz tu imágen cándida
Alzarse ví, gentil.
Te ví en mis sueños, sí, cual lumbre diáfana
Que viene el corazon á iluminar,
Y de mi pecho desatóse en lágrimas
La inmensa tempestad...

V.

Volví, mujer, á adorarte,
Volví á doblar la rodilla
Ante el santuario en que brilla
Tu inocente corazon;
Aromas regué en sus aras,
Pero, abrigada en tu orgullo,
Me negaste el blando arrullo
De tu primera pasion.
Por eso ya no te amo
Cual la tarde á sus celajes,
Como á los blandos encajes
De sus espumas el mar;
Te adoro, como se adora
Un imposible soñado,
Como adora el desgraciado
La fortuna en su pesar...

VI.

Eres para mí una sombra
De vaporosa hermosura,
Un ensueño de ventura
Que se borra al despertar,
Rayo del sol encantado
Que alegre en los aires gira
Y que el espíritu admira
Sin alcanzarlo á tocar,

. . . . . .

¡Adios mujer! si mañana
Hasta el pié de tus altares
Ruedan mis pobres cantares,
No los oigas con horror:
Piensa que los he entonado,
Entre quebrantos sumido;
Mira que escritos han sido
Con mil lágrimas de amor!

JOSÉ LUIS RAMOS.

A LAS MATEMÁTICAS.

SILVA.

¡Salud! ó Reina de las ciencias, gloria
Del espíritu humano;
Progénie esclarecida del divino
Geómetra potente:
¡Salud! y desde el solio refulgente
Do Newton y Cartesio á tu memoria
Himnos entonan, permitid que ufano
Con ruda voz me junte al peregrino
Concierto universal, cuya armonía
Inunda de placer el alma mia!
Tu excelso señorío
Brilla en el mar, la tierra y firmamento,
Y tambien cede el aire á tu albedrío.
Con áureo compás mides
El vasto espacio, el tiempo y movimiento
Y hasta la inmensidad abarcas.
¿Quien, sino tú, en las lides
A triunfar enseñára? Tú demarcas
Seguro rumbo al leño desvalido
Que las iras arrostra de Neréo,

A tu ley sometido,
Por insondable elipse divagando
Su flamígera faz muestra el cometa,
Cual audaz Prometeo,
Del cielo arrebatando
La sacra luz, á tu razon sujeta,
El albo laberinto desplegaste
De sus rayos etéreos y ostentaste
A la hechizada vista los colores;
Entónces el hermoso
Iris con siete rutilantes zonas
Circundó el horizonte nebuloso;
Y en el prado las flores
De sus ricos matices los primores
Alegres explicaron. Tú eslabonas
En sabia sucesion, sublime ciencia,
Los choques, rapidez y vehemencia,
Con que el ambiente herido
Nos trasmite el sonido
Y á gustar nos convidas
De la melíflua música el encanto,
Dulce solaz al triste en su quebranto.
Por tí bullen las fuentes,
En regulares cauces divididas,
Bajando sus corrientes
Al quieto lago ó turbulento Océano.
¿No se debe á tu esfuerzo soberano
Levantar con sencillos instrumentos
De un diestro mecanismo
Esas soberbias moles poderosas,
Que la industria del hombre preconiza?

¿No es por tí?... Mas ¡qué digo! Mis acentos
No bastan á elogiarte; yo me abismo
Absorto entre tus obras prodigiosas;
Solamente eterniza
Tu renombre la gran naturaleza,
Que ensalza de tu espíritu la alteza.
Sea, pues, el silencio quien repita,
Con idioma elocuente,
La admiracion que tu poder excita,
Mi gratitud y mi entusiasmo ardiente!

VICENTE CORONADO.

EL CONDOR.

En la empinada roca
Que los valles domina
Y con su frente hasta las nubes toca,
Hé allí el águila andina,
El soberbio Condor, rey del espacio,
Pisar con altivez la excelsa cumbre,
Medir la inmensidad, bañarse en lumbre
Del etéreo palacio.
Alza el desnudo cuello

Y cresta y corvo pico luce ufano,
Y con ojos de vívido destello
Penetra la extension, el bosque, el llano,
Bate las alas de potencia suma,
Arrójase á escalar el firmamento,
Devora espacio, y á través del viento
Lleva rizada la morena pluma.
Atrás deja la nube,
Donde el rayo se forja y brama el trueno,
Y en ondulante giro sube y sube
A las regiones del azul sereno.
Ni el aire encarecido ni la llama
Del astro abrasador—candente hoguera
Que los mundos inflama—
Parar pueden un punto su carrera.
Nada ataja este ardor, esta osadía:
Inmensidad y luz busca en su anhelo,
Y luz é inmensidad le brinda el cielo
Y hácia el cráter del sol el rumbo guía.
Allá se cierne en estupenda altura,
Por los desiertos del espacio avanza,
Y un leve punto en la extension figura
Que humano sér á distinguir no alcanza;
No más pronto del mar por lontananza
Alíjero bajel corta la espuma
Y se disipa entre lejana bruma.
Ya el fuego aspira de la ardiente zona
Y su ambicion la intrepidez corona:
Ve de cerca los vivos resplandores
Con que se ciñe el luminar del dia,
Y debajo los mares luchadores

Y por do quiera la region vacía.
En esta soledad goza su pecho,
Rey de los séres que el espacio encierra,
Todo el azul para volar estrecho,
El sol delante y á sus piés la tierra.
Tal se encumbra el ingenio peregrino
Y á la gloria inmortal se abre camino.

JOSÉ A. CARRILLO Y NAVAS.

ODA

Á LA REPÚBLICA.

Sobre los viejos tronos
Que tu poder quebranta,
República, levanta
La frente colosal!
Que las naciones todas
Contemplen, poderoso,
Tu pabellon glorioso
Ondeando sin rival,
Amparo de los buenos,
Terror del criminal!
Tú fijas en tus códigos

Del hombre los derechos;
En los humanos pechos
Infundes la virtud;
Levantas el espíritu
Del pueblo que te adora,
Y al que en cadenas llora
Devuelves la salud.
Por tí se va extinguiendo
La odiosa esclavitud.
Alcanza en su seno
Reparacion la ofensa,
El justo recompensa,
Sus fueros la razon;
Las artes y las ciencias
Tambien por tí florecen,
Los vicios desparecen
Y es bueno el corazon.
Le das al pueblo *fuerza*,
Porque le das *union*.
Allí donde tú infundes
Tus máximas sagradas,
No hay almas enconadas,
Sólo hay *Fraternidad;*
Pues no consiente nunca
«Ni siervos ni tiranos,»
Los hombres son hermanos,
Tu ley es la *Igualdad*,
Y brilla en tus dominios
Perpétua *Libertad.*
Propaga, sí, propaga
Tus sacrosantas leyes,

Y príncipes y reyes,
Cobardes temblarán;
Como señal de oprobio,
Como de vicio emblema,
La régia, vil diadema
Los hombres mirarán.
Cuando los pueblos te amen,
Los tronos se hundirán.
Descenderán las luces
Destruido el monopolio
Del explendente sólio
De oro y de marfil
A la modesta choza
De la sencilla gente,
Do suena dulcemente
La gaita pastoril.
Aplaudirá tus triunfos
Toda alma juvenil.
Entónces no habrá ejércitos,
Entónces no habrá guerra,
Que reinará en la tierra
La paz universal.
Mezquinas distinciones
No habrá desde la cuna;
Al rico de fortuna
El pobre será igual,
Y tu poder benéfico
La imprenta hará inmortal.
No habrá conciencia esclava,
Ni pechos desleales,
Tiranos infernales,

Ni corazon servil,
El ciudadano libre
Resistirá valiente
Al déspota insolente
Con alma varonil,
Que el libre nunca dobla
La frente al yugo vil;
Por eso yo te adoro
Desde mis tiernos años,
Y amargos desengaños
Mi amor no entibiarán.
¿Qué importa que renieguen
De tí los descreidos
Y los que al carro uncidos
Del despotismo van?
Yo sé que entrambos mundos
Tus triunfos cantarán.
Con entusiasmo férvido
Amor á mis hermanos
Y guerra á los tiranos
Juró mi corazon.
Puedan mis ojos ávidos
Repúblicas ver sólo
Del uno al otro polo
En toda la extension;
Y cubra el universo
Tu inmenso pabellon!

FLORENCIO BALCARCE.

EL CIGARRO.

En la cresta de una loma
Se alza un ombú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate, si sopla, el viento.
Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansion pacífica en donde
Fuma un viejo su cigarro.
En torno los nietos mira,
Y con lábios casi yertos,
«¡Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos!
»Pueda en fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.
»Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.
»Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro:

A quien lo toca, hijos, quema
Como el fuego del cigarro.
»No siempre movió en mi frente
El pampero fria cana;
El mirar mio fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana:
»La fama en tierras agenas
Me aclamó noble y bizarro;
Pero ya ¿qué soy? Apénas
La ceniza de un cigarro.
»Por la pátria fuí soldado
Y seguí nuestras banderas,
Hasta el campo ensangrentado
De las altas cordilleras.
»Aún mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro,
Pero ¿qué es la gloria?—nada;
Es el humo de un cigarro.
»¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores?—
Por la paz hondas querellas,
Los abrojos por las flores.
»La pátria al que ha perecido
Desprecia como un guijarro...
Como yo arrojo y olvido
La punta de mi cigarro.
»Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta;
No dobleis vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.
»No habita la paz más casa

Que el rancho de paja y barro;
Gozadla, que todo pasa,
Y el hombre como un cigarro.

BENJAMIN BLANCO.

EL SUSPIRO.

CANCION.

Soplo vano que apaciguas
De los males la inclemencia,
Tan fugaz en tu existencia
Como inmenso en tu poder
Dióte amor su dulce fuego,
La belleza su misterio,
Cuyo blando dulce imperio
Es tu afan engrandecer.
Tú descubres el afecto
Que el rumor no permitia,
Das al tímido osadía
Y eres nuncio del amor;
De dos almas entretienes
La simpática ternura,
Y protejes la hermosura

Contra el tédio y desamor.
Tú conviertes en sonrisa
Del amante los recelos,
Y disipas de sus celos
El veneno matador.
Por tí nace la esperanza
Ya no más alimentada,
Y la llama sofocada
Recupera su fervor.
Nunca faltes á los lábios
De la bella á quien adoro,
Cuando en blando ruego imploro
Un favor á su esquivez:
Ni le niegue una sonrisa
De mi pecho al ¡ay! ardiente,
Cuando acusa de inclemente
La crueldad de su altivez.

CLAUDIO MAMERTO CUENCA.

DAMAS RELAMIDAS.

Varias pasiones sustenta
El corazon mujeril:
Los celos, la envidia vil,

La rabia y venganza crüenta;
Pero jamás alimenta
El amor bien entendido,
Sino falaz y fingido,
Pero con tanta doblez,
Que áun descubierto despues
Parece que fué sentido.
Todas ellas siempre quieren
Ser tentadas por amores,
De cumplidos amadores,
Que á complacerlas se dieren.
Y si acaso no se vieren
Distinguidas y obsequiadas,
Están tristes y aquejadas,
Pero con tanto disfraz,
Que al más astuto y sagaz
Le hacen creer son amadas.
La más prudente y medida
Si alguno le habla de amor,
Muda al momento el color,
Se pone rosa encendida:
Pero nunca se descuida
De fingirse indiferente,
Y se creyera imprudente
Si no mostrara tibieza;
Pues en ellas es rareza
Decir lo que el pecho siente.
No hay una que no se crea
La primera en hermosura,
Y es muy falta de cordura
La que se tiene por fea;

De cualquier modo que sea
Todas tratan de agradar,
Todas quieren conquistar
Voluntad y corazon
Sin mirar en condicion,
Fortuna, estado y lugar.
No hay coloquio entre doncellas
En que amor no halle cabida,
Y es cosa muy sabida
Que en conversaciones de ellas
Se siguen siempre las huellas
De las damas más enteras,
En ardides y maneras,
Lo más propio á sus intentos
De novio y de casamientos,
Que son sus ánsias primeras.
Cuando lloran, ántes miran
Si hay hombres que las consuelen;
Si lidian es porque suelen
Vencer de amor; si suspiran,
Si se enfadan, rien ó admiran
Siempre lo hacen con malicia,
Pues no conoce impericia
Para fingirse abrasada,
La soltera, la casada,
La veterana ó novicia.
Tienen tal tino y cordura
Para ocultar sus fealdades
En todos tiempos y edades,
Que si mucho se me apura
Digo que es una locura

Pensar que mujer alguna
Mostrara falta ninguna
Cuando ocultarla pudiera;
Y si así no sucediera,
de mil engañára una.
Como siempre esperan todas
Cuando viudas ó solteras,
Que las estrechen de veras
Para hablar luégo de bodas:
Como vestidos y modas
Mudan de amante á la vez,
Entretienen seis ó diez
Con mil ardides y engaños,
Trascursando así los años
Hasta que cae algun pez.
Nunca son más cariñosas
Que cuando llegan á ver
Que pueden enriquecer
Haciéndose bondadosas:
Mas quien entiende estas cosas
Sabe bien que es el dinero
Y no el hombre, el verdadero
Objeto de su aficion,
Pues le aman de corazon
Como su galan primero.
Si entrasen en competencia
Por alguna dama bella
Tres ó cuatro que por ella
Gastan dinero y paciencia,
Ella da la preferencia
Al que más pesetas tiene,

Porque amor tambien previene
Que se mire con decoro
A doña Plata y don Oro,
Pues que á todos les conviene.

LA MAÑANA.

FRAGMENTO DEL ERMITAÑO.

Entre indecisos celajes
Adorna el alba en Oriente
Sus colores:
Y brillan por los ramajes
Del pálido sol naciente
Los fulgores.
Del dulce trinar sonoro,
Que se escucha en la enramada
Va la brisa
Formando sentido coro,
Que en la selva perfumada
Se desliza.
Y revistiendo natura
De su explendor y grandeza
Sus primores,
Contemplamos su hermosura,

Y el perfume y la belleza
De las flores.
Y la linfa cristalina
Do el blanco cisne se extiende
Y recrea,
Al pié de verde colina,
Sus serenas hondas hiende
Y serpea,
Y el balar del corderillo...
Y el murmullo de la fuente...
Y á lo léjos,
En el alto montecillo,
Del ténue rayo naciente
Los reflejos.
Todo anuncia el nuevo dia...
Corre el aura embalsamada
Del azahar,
De la arboleda sombría,
Donde el alma enamorada
Va á gozar.

LUIS L. DOMINGUEZ.

EL OMBÚ.

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil, su sol ardiente;

Minas de plata, el Perú;
Montevideo, su cerro;
Buenos Aires,—pátria hermosa,—
Tiene su pampa grandiosa;
La Pampa tiene el Ombú.
Esa llanura estendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar;
Es la Pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.
No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas;
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.
Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz.—
El bibí, los marcachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma esquisita
Sobre el lucido tapiz.
No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos;

Pero sí pájaros bellos
Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.
Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el carancho,—
Si la peste amaga el rancho
Sobre el techo el buho está;—
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está cantando
El vigilante yajá.
No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.
¡El Ombú!—Ninguno sabe
En qué tiempo, ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan ñudoso,
Su corteza tan roida,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.
Al mirar cómo derrama

Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afan,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del Pampero,
Que es tremendo su huracan.
Puesto en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor;
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.
Cual museo de la Pampa
Muchas razas él cobija:
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pié.
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se vé.
Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro,
Que le entona al despertar
Esa Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porcion más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa
Sus dominos dividiendo
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.
Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú.
Cuánta escena vió en silencio!
Cuántas voces ha escuchado,
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
A su pié se ha combatido;
Su quietud ha interrumpido
Por amor y libertad.
En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algun caudillo
Que á los indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria

Porque nacieron aquí!...
A su sombra melancólica
En una noche serena,
Amorosa cantinela
Tal vez un gancho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.
Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra
De su ganado la yerva
Presencia alegre tal vez;
O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos,
Pone paz á dos esposos
O en las carreras es juez,
A su pié trazan sus planes
Haciendo círculo al fuego.
Los que van á salir luégo
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.
Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gancho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, hermosa planta,

Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

A MONTEVIDEO.

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeralda.
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y arrójanles flor—del—aire,
Aroma y flor de naranja.
Así siguiendo su senda
Sobre sus lechos se arrastran;
Luégo en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

¿El Plata? y es verdad. Ancha llanura
De bruñido metal que nunca acaba
Parece el rio, cuya diestra lava
De Buenos Aires el soberbio pié.
Cuya izquierda tendiendo hácia el Oriente,
De una jóven beldad la falda toca;
Beldad guardada por gigante roca,
Que el Plata inmenso desde léjos vé.
Y es fama que esa roca majestuosa
A la bella ciudad pusiera el nombre,
Cuando en medio del mar al verla un hombre
¡Monte veo! del mástil exclamó;
En frente de ese monte nació un pueblo
Con un cinto de muros y cañones!
Do clavaron tres reyes sus pendones,
Que colérico el Plata contempló.
Te envidiaron los reyes, rica joya,
Y un dia en sus coronas te ostentaron,
Y al mirarte otro dia sólo hallaron
En vez de joya duro pedernal.
Entónces adornaste la diadema
De la jóven república de Oriente,
Que te muestra á los pueblos en su frente
Desde el Cerro, su eterno pedestal.
Ahí está Montevideo
Estendida sobre el rio,
Como vírgen que en estío
Se vé en un lago nadar.
La Matriz es tu cabeza,
Es la Aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda

Y tu cintura la mar.
Ciudad coqueta, sonries
Cuando ves los pabellones
De poderosas naciones
Flamear en rico bajel,
Y les pagas las ofrendas
Que ellos traen á tu belleza,
Con tu campo, y la riqueza
Que derrama Dios en él.
En tu puerto á centenares
Mécense los masteleros
Como bosques de palmeros
Que sacude el vendabal,
Y si en él se ve de noche
Navegar rápida vela,
Parece garza que vuela
De algun lago en el juncal.
En las noches sin estrellas
Tenebrosas del invierno,
Cuando el mar es un infierno
Que al marino hace temblar,
Tu, benéfica, iluminas
Sobre tu roca gigante
Un fanal que al navegante
Seguro norte va á dar.
En otro tiempo los reyes
Levantaron alta valla
De impenetrable muralla
Para oprimirte, Beldad.
Pero el hierro del esclavo
Sacudiste de tus brazos,

Y los muros á pedazos
Derrumbó la libertad.
  Eres tú, Montevideo,
Del Plata blanca sirena,
Y es tu entraña una colmena
Cuya miel es el amor.
Feliz el lábio que guste
De tu miel, ciudad de amores,
Que tus hijas son las flores
Que dan tan dulce licor.
  Tus hijas todas son ángeles
En dulzura y en pureza;
Son estrellas en belleza,
De la vida el íris son.
Por ellas, sólo por ellas,
Eres tú, Montevideo,
De mi memoria, recreo,
De mis sueños, ilusion.
  Y si tú crees en los sueños,
Escucha, oh pueblo, uno mio:
Yo soñé que veia al rio
Salir de su ancho cristal,
Y que á tí y á Buenos Aires
En sus brazos estrechaba,
Y así unidos os dejaba
En un abrazo inmortal!
  Si eres sólo un ensueño, dulce idea,
Que fascinas mi ardiente fantasía,
No amanezca jamás el triste dia
        Que te borre de mí.
  ¡Pero no! que en los cielos está escrito

En la página de oro del destino,
La union del Oriental y el Argentino
Que en mis ensueños ví.

ESTÉBAN ECHEVERRÍA.

DESEO.

Silencio, nada más, y no gemido,
Lágrimas ó suspiros yo demando,
En el intante lastimero cuando
Descienda helado á la mansion de olvido.
Jamás estéril llanto á la ternura
Debió mi pecho en sus acerbos males;
Sólo apuré los tragos más fatales
Que me brindó la impía desventura.
Dormir sin ser al mundo tributario,
Quiero en la noche tenebrosa y fria,
Sin que nadie interrumpa su alegría;
Morir, como he vivido, solitario.
Tú, númen de infelices, Dios de olvido,
Que á la nada presides misterioso,
Encubre con tus alas silencioso
El sepulcro de un ser desconocido.

LA NOCHE EN EL MAR.

—

¡O noche! ¡oscuridad! del alma mia
Alimento precioso;
Tu majestad sombría
Place á mi pensamiento borrascoso.
De anhelar con la turba fatigado
Los bienes mentirosos
Del mundo, deslumbrado
Me acojo en tus asilos misteriosos.
Y arrojando de mí los viles lazos
De las torpes pasiones,
Encamino mis pasos
A ménos vacilantes ambiciones.
En tu seno fecundo en armonía,
Sereno ó espantoso,
Busca mi fantasía
Audaz ocupacion, sino el reposo.
Tempestades, naced! fragosos vientos,
Dejad vuestras cavernas,
Y que los elementos
Quebranten sus murallas sempiternas.
Silben los huracanes inclementes,
Lanzándose furiosos
Por los llanos fervientes
De los inquietos mares espumosos.
Como el bravo guerrero en la batalla
Y ruidosas victorias

Su ardor bélico acalla
Persiguiendo el fantasma de la gloria;
O como águila audaz en las regiones
Más allá de la tierra,
Burla los aquilones,
Y ni la horrible tempestad la aterra;
Así, ante el espectáculo imponente
De la natura altiva,
Se complace mi mente,
Inspiracion sublime la cautiva.
Allí olvido deleites y pesares,
Y todo lo mundano,
Y sin temor de azares
Vuelo altivo cual genio sobrehumano.
Y mirando de faz el universo,
Exento de conflicto,
Con sus genios converso,
Mi pensamiento vaga en lo infinito.

A UNA LÁGRIMA.

Si la mágia del arte
Cristalizar pudiera
Esa gota ligera
De orígen celestial,
En la más noble parte
Del pecho la pondria:
Ningun tesoro habria

En todo el orbe igual.
  Por ella amor se inflama,
Por ella amor suspira,
Ella á la par inspira
Ternura y compasion.
Su luz es como llama
Del cielo desprendida,
Que infunde al mármol vida,
Penetra el corazon.
  ¡Quién mira indiferente
La lágrima preciosa,
Que vierte generosa
La sensibilidad!
Su brillo, transparente
Del alma el fondo deja,
Y hasta el matiz refleja
De la felicidad.
  Permite que recoja
Esa preciosa perla;
Los ángeles al verla
Mi dicha envidiarán:
Amor en su congoja,
Para calmar enojos,
En tus divinos ojos
Puso ese talisman.

JUAN J. GODOI.

A UNA JÓVEN VESTIDA DE LUTO.

De aquella que negro viste,
Descubre la parda toca
Dos corales en su boca,
Una azucena en su tez,
Dos luceros en sus ojos,
Una rosa en su megilla;
Y el oro que en trenzas brilla
Símbolo es de su niñez.
Su estatura es más gallarda
Que la palma del desierto,
Y su talle, aunque cubierto
Por los pliegues del manton,
Se vé que es suelto y rotundo,
Y que su aérea ligereza
No le cede en gentileza
Al de la madre de amor.
De su linda mano, el guante
No deja ver la blancura
Ni las gracias de su hechura,
Pero sí su pequeñez:
Su andar es el de una vírgen
Que ha descendido del cielo,
Para lucir en el suelo

Sus pequeñísimos piés.
¡Por piedad! jamás te quites,
Si á la calle sales, niña,
Ese manto, esa basquiña,
Esos guantes; porque así
La ardiente antorcha que lleva
En su mano el niño ciego,
No tiene bastante fuego
Para que incendie sin tí.
Pero si quieres que el mundo
En hoguera se convierta,
Suelta el manto, y descubierta
Un dia déjate ver;
Y yo te juro que el fuego
De tus ojos celestiales,
A los míseros mortales
Hará de improviso arder.
Nécio yo, mil veces nécio,
Cuando por piedad te pido
Que ocultes lo más cumplido
Que hay en toda la creacion!
No escuches esta plegaria,
A tus gracias quita el velo,
Y arda la tierra y el cielo
Como arde mi corazon.

LA PALMA DEL DESIERTO.

—

Palma altiva y solitaria
Que en los bosques te presentas,
O en agreste falda ostentas
Tu gigante elevacion:
Ese ruido misterioso
Que se escucha en tu ramaje,
¿Es acaso tu lenguaje,
Es tu idioma, tu expresion?
Respondes, quizá, y no entiendo
La respuesta, palma bella,
Por más que quisiera en ella
Lo que dices comprender:
Mas yo escucho tu murmullo,
Y que tú me hablas sospecho.
¡Ay! no puedo satisfecho
Tus palabras entender!
De tus abanicos verdes,
Por el céfiro movidos,
Los misteriosos sonidos
Creo que palabras son.
Porque ¿qué es la voz humana,
Si palabras articula,
Sino el aire que modula
El hombre con precision?
Si él expresa sus palabras,
Ideas y pensamientos,
Quién sabe si tus acentos

Ideas no son tambien?
Ideas que tú á tu modo
Expresas en tu lenguaje
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaiven?
  Pero sea lo que fuere,
Básteme á mí para amarte,
Tan gallarda contemplarte,
Tan altiva y tan gentil!
Mas, sabiendo que á las naves
Do truena el bronce horadado,
Jamás una tabla has dado
Ni á una lanza duro astil.
  Por tí ningun pueblo llora
Los males de la conquista;
Ninguno se halla en la lista
De los esclavos por tí.
Al contrario al hombre enseñas
Que el primer bien de la vida,
Es buscar una querida
Cuando tú lo haces así.
  En vano la primavera
De flores el campo inunda;
Tu cáliz no se fecunda
Si compañera no ves;
Pero si otra copa erguirse
Divisas á la distancia,
Racimos en abundancia
Le desgajas á tus piés.
  Alzarse graciosa he visto
Más que el pino tu cabeza,

Y ostentas tu gentileza
Á orillas del Paraná.
He visto al añoso cedro
Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que á tu lado está.
Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamás al pichon querido
Tu altura le ha sido infiel;
Cuando sin alas implume
No puede arrojase al viento,
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.
Ah! si en ardorosa siesta
Me das tu sombra propicia,
Y el cefirillo acaricia
Tu verde copa al pasar,
Cuán dulces, cuán delicioso
Es quedarme aquí dormido,
Al son del blando gemido
Que repite sin cesar!
En tí la imágen admiro
Del ángel que es mi tesoro,
De la bella que yo adoro
Tú me das la copia fiel.
En ese tallo gallardo
Con que se engalana el valle,
De su delicado talle
La redondez veo en él.
La fragancia de tus flores,

El aroma es de su aliento,
Que al acercarme á ella siento
Perfumar su alrededor;
Y embriagado al espirarlo
Es tan dulce su incentivo,
Que si entónces sé que vivo
Es porque muero de amor.
Cada ramo de tu copa
Que sombrea al tronco bello,
Un rizo es de su cabello
Que el cuello viene á sombrear.
Y los racimos do escondes
Linda palma tu simiente,
El blanco pecho turgente
Me parecen diseñar.
Ojalá que un siglo entero
Te mire verde y frondosa;
Ojalá que magestuosa
Tu tronco eleves galan,
Sin que roedor gusano
Haga de horadarlo ensayo;
Sin que lo consuma el rayo
Ni lo quiebre el huracan.
Otra fortuna no envidio
Que descansar á tu sombra,
Sobre la dorada alfombra
De trébol que hay á tu pié;
No importa que sepultura,
En la bella Pátria mia,
Me niegue la tiranía,
Con tal que á tu sombra esté.

RICARDO GUTIERREZ.

EL CUERPO Y EL ALMA.

Sobre los llanos de la tierra mia,
Sobre los montes de la tierra extraña,
Sobre el abismo de la mar inquieta,
Sobre el fúnebre campo de batalla,
Como una sombra,
Como un fantasma,
¡Ah! ¡siempre léjos de tu hogar querido
La sombra de la vida me arrebata!
Parece que la fuerza del Destino
El cuerpo mio de tu cuerpo aparta,
La senda tuya de mi senda borra,
La vida mia de tu vida arranca,
Y léjos hunde
Y léjos alza
El rumbo sin oriente de mi huella,
El paso sin reposo de mi planta!
Sobre la tierra de la pátria tuya,
Sobre la roca de la tierra extraña,
Sobre las ondas del desierto amargo,
Sobre el campo sin Dios de la matanza
Como los cielos
Y la alborada,
¡Siento en el alma la existencia mia
Ligada á la existencia de tu alma!

Parece que la fuerza del Destino
¡El cuerpo mio de tu cuerpo arranca!
Parece que el Señor ató en la vida
¡Tu alma con mi alma!
Y el cuerpo errante sobre el mundo inmenso
¡Sigue la maldicion que le arrebata!
¡Y el alma dolorosa y abatida
Á tu desierto espíritu se amarra!

EL SÍ.

Sueños de amor dulcísmos que embriagan
Creaciones fantásticas del alma,
Doradas horas de ilusion y calma;
Recuerdo dulce del amor, venid!
Venid! venid! vuestras visiones bellas
Tornan de nuevo á entusiasmar mi mente;
Venid de prisa, y ceñireis mi frente
Con corona de dálias y jazmin.
La imágen de otro sér, cándido, puro,
Siento bullir en mi amoroso seno,
Cual la celeste imágen que el Dios bueno,
Con sonrisa de gozo imaginó:
Yo le siento bullir, y mi alma entera
Bañarse en el aliento de su risa,
Y en ondas que perfuma su sonrisa,
Embrigarse de amor mi corazon.
Sueños de amor, venid! traedme el recuerdo,

Adornado de lirios y amapolas,
Cuando Celina, ruborosa, á solas,
«Sí, ¡yo te amo!» murmuró sutil.
¡Venid! ¡venid! expléndidas de oro,
Palabras del amor, cándidas, puras;
Derramad en mi alma las dulzuras
De ilusiones de nácar y zafir.
Noche de amor! dulcísimas sonrisas!
Palabras tiernas de misterios llenas!
Suave suspiro que endulzó mis penas,
Bella esperanza, en el querer, salud!
Salud, salud, brillantes ilusiones
Que embriagásteis de amor el alma mia!
Yo os adoro... pues en solo un dia,
Me disteis mi perdida juventud!
Sí, mi Celina, tu divina imágen
Vaga á toda hora en mi exaltada mente;
Creo escuchar tu voz y dulcemente,
«Sí, yo te amo» murmurar tambien;
Y veo en mi delirio con encanto,
Clavados nuestros ojos como antes,
Y nuestros lábios trémulos, vibrantes,
Buscar ansiosos la encendida sien.
De encantos é ilusion á toda hora
Sorprendo mi alma trasbordando llena;
Y, envuelta en blanca espuma, á mi sirena
Nadando veo cual mimoso pez;
Sus brazos de marfil sueltos agitan
Las cristalinas, trasparentes olas,
Y un «sí te amo» murmurando á solas
Oigo en sus lábios espirar tambien.

MANUEL INURRAIETA.

LA QUE VÍ EN EL BAILE.

Era jóven y era linda,
De una estatura mediana,
Negro el cabello, ojos grandes,
La megilla sonrosada;
En su festivo semblante
De expresion abierta y franca,
Por una mano invisible
La bondad lleva grabada.
Dulce su voz, armoniosa,
Penetrantes sus miradas,
De afable y sencillo trato,
Alegre como unas páscuas,
Sin melindres de doncella
Ni escrúpulos de beata,
De blanco toda vestida
De sencillez hace gala:
Tanto más bella parece
Cuanto ménos esmerada.
Un chal de color celeste,
Sujeto al pecho llevaba
Con una «mariposita»

De filigrana de plata.
En cada una de sus formas,
En sus modales, en su habla,
Hay un secreto que hechiza,
Hay un hechizo que encanta.
Cuando baila ¡qué donaire!
¡Qué gentileza! ¡qué gracia!
Si parece que no toca
Al suelo la leve planta.
Entre el bullicio y tumulto
De la alegre contradanza,
Atónito la seguia
Con la vista y con el alma;
Sólo á ella veian mis ojos,
Sólo su voz escuchaba.
Si fuera como esta hermosa
La que el destino me guarda,
¡Cuán dichoso me creyera!
¡Oh, cómo tierno la amara!
Mientras bailaba ligera
Una presurosa valsa,
Cayérasele un ramito
Que en la cabeza llevaba;
Recogílo en el momento
Como una cosa sagrada,
Y guardélo aquí en mi pecho
Que agitado palpitaba.
Entre confiado y dudoso,
Acerquéme luégo á hablarla,
Y mirándome risueña
Extendió su mano blanca,

Brindándome una diamela
Que sobre el pecha ostentaba.
Al tomarla yo le dije,
Con no sé qué desconfianza:
« ¿Por qué la empleais tan mal? »
« En nadie mejor empleada,
Me contestó cariñosa,
Que en el que humilde se baja
A levantar una flor
Acaso ya pisoteada... »
Desde entónces ando loco,
Ya no sé lo que me pasa:
Soñé con ella esa noche,
Tambien soñaré mañana.
Ella, el ramo, la diamela,
Y aquella boca torneada
Como el arco del amor,
Me siguen como fantasmas;
Unas veces todas juntas,
Otras veces separadas,
Siempre las tengo presentes.
Y no pudiera olvidarlas,
Ni aunque tú me lo pidieras
Ni aunque ella me lo mandara,
Ni porque traiga en el pecho
La imágen de la inconstancia. »

PEDRO LACASA.

A MI HIJA HILARIA.

Del turbulento océano de la vida
Volaste, Hilaria, á la mansion de paz,
Dejando mi alma de dolor transida
Y envuelta en nubes mi marchita faz.
Si algo pudiera tu afligido padre,
Si algo valiera su plegaria á Dios,
Que en el regazo poses de tu madre
Sólo pidiera mi doliente voz.
Pidiera sólo que tus tiernos hijos,
Hijos de mi alma, porque tuyos son,
Siempre imitáran tu virtud, prolijos,
Amando tu memoria con pasion.
Sólo pidiera que tu esposo tierno,
Modelo de cariño y de bondad,
Jamás faltára del hogar paterno
Para cubrir con su ala la orfandad.
¡Padres y esposas! ¡séres adorados
Que repite con fé la humanidad,
Los que sois como yo, tan desgraciados,
Conoceis de mi mal la intensidad.
Pero ¿qué hacer? doblemos la rodilla

A los decretos que fulmina el cielo;
Que es la vida constante pesadilla,
Y el hombre polvo que reclama el suelo.
Es planta sin raíz, que el viento azota,
Desgaja y arrebata sin piedad,
Sin dejar de su sávia ni una gota
Al crugir de la horrible tempestad.
Desgraciado de aquel que equivocando
El pasaje que hacemos por la tierra,
Con la vida inmortal está esperando
Salir del cáos que su vida encierra.
Desgraciado de aquel que ciego y loco,
No mira arriba por asirse al suelo,
Cambiando así la eternidad por poco,
Y los bienes de aquí por los del cielo.
Hay sólo un medio de apocar los males
Y de hacer llevadera la existencia,
Y es posponer los bienes terrenales
A la tranquilidad de la conciencia.
Dichosa tú, pedazo de mi vida,
Que al volar de la tierra no has dejado
Más que recuerdos para ser querida
Y bendito tu nombre idolatrado.

CANCION.

—

Jazmines y aromas
Merece mi amada;

Su tez delicada
Me brinda el amor.
Mas es tan esquiva
La ingrata conmigo,
Que cual enemigo
Me niega un favor.
Desciendan claveles,
Violetas y rosas,
Para las hermosas
Que saben amar.
Para las esquivas,
Que lluevan abrojos,
Ya que con los ojos
Se saben vengar.

JOSÉ MÁRMOL.

EL RELOJ.

Sonó en la vecina iglesia
La campana del reloj,
Diciendo: «pasó una hora
Y á la eternidad cayó.»
Eco lúgubre del tiempo

Que con fatídico son
Nos manda que repitamos
En cada momento: ¡adios!
Pero el mundo sólo mira
Porvenir en el reloj;
Y *las doce* de la noche
El amante corazon.
Las horas que van pasando
No se cuentan al reloj;
Cuenta el hombre las que faltan,
Mas nunca la que pasó.
Así al sonar la campana
Suele en secreto decir:
«Las que he de marcar espero,
Porque esperar es vivir.»
Es, pues, entónces en el mundo mio
Indiferente para mí el reloj;
Pasen las horas á su antojo, pasen;
Tráenme lo mismo que las diez las dos.
Yo nada espero, mi cansada vida
Ni llorar puede ni sentir amor;
Del llanto mio se agotó la fuente,
La llama activa del amor murió.
Ya con el mundo los estrechos lazos
Mi descontento corazon rasgó;
Lo mismo el dia de mañana espero
Que ayer las horas esperé de hoy.
Activo foco de pasion mi alma
Á los incendios del amor cedió,
Y grande placa de cristal mi mente
Vida y verdades trasparentes vió.

Sé que si escucho de mujer querida
Latiendo el alma en amorosa voz,
O ella se engaña al pronunciar: «te amo,»
O á mí me miente con doblez mayor.
Sé que si el seno de los hombres busco
Y mi cabeza y corazon les doy,
Luégo que esprimen de mi sér la esencia
Con risa amarga me dirán: «¡adios!»
Y sé que es hoy lo que será mañana
El mundo, el hombre, la mujer y el sol;
Y, pues que todo lo que viene he visto,
Tráenme lo mismo que las diez, las dos.
Yo nada espero, ni dolor ni risa,
En la indolencia en que mi sér cayó;
Si hoy tengo hastío lo tendré mañana;
Es mueble inútil para mí el reloj.

CRISTOBAL COLON.

—

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino:
El lábio de Jesus le dió otra esencia,
Y el génio de Colon otro destino.
Completaron de Dios la mente misma
A inspiraciones de su amor profundo:
Uno del alma iluminando el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Ángel, génio, mortal, que no has logrado
Legar tu nombre al mundo de tu gloria;
Que ni ves en su suelo levantado
Un pobre monumento á tu memoria.
¡Ah! bendita la pila do tu frente
Se mojara en el agua del bautismo,
Y el ala de tu génio amanecientc
Se tocara en la uncion del cristianismo!
Ángel, génio, mortal, yo te saludo
Desde el seno de América, mi madre;
De esta tierra beldad que el mar no pudo
Robarla siempre á su segundo padre.
La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante en sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del Océano
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.
Despues de Cristo en el terráqueo asiento,
Siglo, generacion, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento,
Como el golpe inmortal de tu fortuna.
Á tu grandeza un siglo era pequeño;
Y en los futuros siglos difundida,
Es el eterno tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.
Tú como Dios al derramar fulgentes
Los mundos todos en la oscura nada,
Al más allá de las futuras gentes
Diste sin fin tu América soñada.
En cada siglo que á la tierra torna,
La tierra se columpia, y, paso á paso
Su destino la América trastorna,

Y muda el sol su oriente en el Ocaso.
Obra es tuya, Colon; la hermosa perla
Que sacaste del fondo de un Océano,
Al través de los siglos puedes verla
Sobre la frente del destino humano.
El ángel del futuro rompió el lazo
Que á las columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.
No de la Europa quebrará la frente
El rudo potro del sangriento Atila:
Pero ¡ay! el tiempo, en su veloz corriente,
Mina el cimiento donde ya vacila!
El destino del mundo está dormido
Al pié del Andes sin soñar su suerte;
Falta una voz bendita que á su oido
Hable mágico acento y le despierte.
Un hombre que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos
Y ponga una diadema en su cabeza
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.
Si no te han dado monumento humano,
Si no hay *Colombia* en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡ah! tu nombre es el Océano,
Los Andes la columna de tu gloria.
¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,
Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos y tu huella?
Sin ver tu sombra allí, do misterioso
El imantado acero se desvía,

Y un rayo de tu génio poderoso
Que va y se quiebra donde muere el dia?
¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria
No verá en sus montañas colosales,
Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales?
Salve, génio feliz! mi mente humana
Ante tu idea de ángel se arrodilla,
Y de mi lábio la expresion mundana
Ante tu santa inspiracion se humilla.
Por un siglo tus alas todavía
Plegadas ten en los etéreos velos
De donde miras descender el dia
Hasta el cristal de los andinos hielos.
Baja despues; de la alta cordillera
Los ámbitos de América divisa;
Y, como Dios al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.
El ángel del futuro á quien sacára
De los pilares de Hércules tu mano,
Te mostrará, Colon, tu vírgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.
Vuelve despues á tu mansion de gloria
Á respirar la eternidad tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

YO ERA FELIZ.

Yo era feliz; el mundo sonreía,
Brindándome amoroso su ternura;
Y yo ¡pobre inexperta! le creía,
Gozando de su mágica ventura.
Todo era bello entónce... enamorada,
Con mis sueños de vírgen me adormía...
Una voz cariñosa me arrullaba,
Y un ángel en sus alas me mecia.
Las flores me embriagaban con su esencia...
Las auras me arrullaban con su amor...
Resbalaba mi lánguida existencia,
Pura como el aliento de una flor.
La brisa acariciaba mi cabello,
Deslizándose amante en el jardin;
La luna descendía, y un destello
Alumbraba mi frente juvenil.
¡Todo era bello entónces! mi camino
De flores por doquier veia sembrado;
Y el ángel tutelar de mi destino,
Me enseñaba mi ideal enamorado.
Mas de pronto las flores se inclinaron...
El cielo de mi amor se oscureció...

Los rayos de la luna se ocultaron
Y la brisa su soplo me negó.
Encontré todo helado, mudo y frio,
Como la yerta palidez del lirio,
Y el pago de mi amante desvarío
Fué la lúgubre palma del martirio!

A MI ESPOSO.

Yo encontré en tí un algo indefinible
Que en otros hombres no encontré jamás;
Un algo régio, puro, indescriptible,
De altivez y dolor sobre tu faz.
Yo encontré la expresion de un sacrificio
En la dulce tristeza de tu voz,
Y en tu frente la huella de un suplicio
Que comprendió mi amante corazon.
Yo te encontré tan bello, tan perfecto
Cual la imágen purísima de Dios;
Te dí mi adoracion y el santo afecto
Que profesan los fieles al Señor.
Tú comprendiste mi cariño santo...
Conprendiste mi loco frenesí:
Me adorastes y fuí tu dulce encanto,
Y haciéndote dichoso, soy feliz.

JOSÉ RIVERA INDARTE.

TUYA ES MI GLORIA.

Vírgen de negros ojos
Y de cabello ondeante;
La de los lábios rojos
Y seno palpitante
Con tez de nieve cándida
Y fuego abrasador.
Graciosa cual la palma,
Suave como las flores,
Como perfume de alma
Que es santuario de amores,
O soñolienta brisa
En noche de pasion.
Tú á quien mi ardiente pecho
Esclavo su albedrío,
Aun en el blando lecho
Sueña con desvarío
Que con piedad lo acojes
O que le burlas cruel;
A quien yo dí la vida
Desde el primer instante
Que mi alma conmovida
Miró de tu semblante

La peregrina lumbre,
La plácida altivez;
De quien espero y temo,
Por la duda turbado,
Y con placer me quemo,
Y con angustia helado
En vano intento mísero
Mis ánsias revelar;
A quien más que á los cielos
Mi corazon adora,
Tú por quien tengo celos
Del sol que tu sien dora,
Y áun de la flor que besas
Y que mi amor te da.
¿Dudas que mi guirnalda
De gloria y poesía,
Con lazos de esmeralda
Brillante cual el dia
Es tuya, y solo tuyo
Mi porvenir será?
La música envidiada
Que brota de mi lira,
Tu eléctrica mirada
Tan solo me la inspira;
Sin ella no pudiera
Mi canto modular.
Del vate la victoria
Á la mujer que él ama
No *presta agena* gloria,
Sino envidiable fama
Que ella á su génio diera

Alas con que volar.
Y al lado del poeta
Surca ella los espacios
Cual fúlgido cometa
Con caudal de topacios,
Que estático el profano
No acierta á descifrar.
La Beatriz de Dante,
La Laura de Petrarca,
Con gloria rutilante
Por cuanto el orbe abarca
De sus poetas ciñen
El ínclito laurel.
Sin ellas sus acentos
De dulce poesía
Ecos de extraños vientos
No el alma entendería:
El verso es enigmático
Sin nombre de mujer.
Si tú mi amor coronas,
Yo ceñiré á tu frente
Esa de verdes zonas
Aureola refulgente
Que entre las nubes brilla
Y alcanzaré por tí.
Y tu negro cabello,
Hermoso cual la noche
Cuando se adorna el cuello
Con diamantino broche,
Al mundo dará asombro,
A mi alma frenesí.

Permite que tu nombre
Mi dulce plectro escriba
Y que lo escuche el hombre,
Por que tu fama altiva
No entre misterios vague
Enigma de pasion.
Deja que con las flores
Mi lábio lo concierte,
Á pronunciar amores
Que yo sin él no acierte;
No de desden y angustia
Símbolo sea de amor.
¿Qué vale la belleza,
Relámpago del suelo,
Desnuda la cabeza
Del lauro que da el Cielo
Al vate afortunado
Por su ínclito afanar?
¡Ay¡ la vejez rugosa,
Su tersa faz marchita,
Y en pos la muerte odiosa
Su planta precipita
En tumbas donde en polvo
Se trueca de beldad.
De Otoño hoja perdida
Nada nos resta de ella,
Despareció su vida
Como en el mar la huella
De errante, frágil nave
Que empuja el huracan.
Mas la mujer del vate

Nunca se amustia ó muere;
Siempre amorosa late,
Y más frescor adquiere:
Sañudo en vano el tiempo
La ve con torva faz.
Y si con mano aleve,
En rápida carrera,
Cubre la blanca nieve
Su dulce primavera,
Ella de lauro sacro
Ciñe la altiva sien.
Y todo amor tributo
Da á su memoria amante,
Y de ella es atributo
Angélico semblante,
Ó gracia sobrehumana
Blason de otra mujer.
En su pasion «mi Laura»
Exclama el pecho amado,
Y lleva este eco el aura
Hasta el sepulcro helado,
Y en él despierta y lo oye
La que Petrarca amó.
Luz de mi vida, aroma
Que angustia y da consuelo,
La palma de oro toma
Que envia al vate el Cielo;
Toda mi gloria es tuya
¿De quién será tu amor?

JUAN CRUZ VARELA.

MI MUERTE.

Ora benigno me dilate el Cielo
Estos momentos que llamamos vida,
Ora la plazca que el presente sea
Mi último dia;
Bien me acostumbre la dolencia larga
A ver de léjos que la muerte llega,
Bien como rayo que improviso hiere,
Súbito venga.
Ya me arrebate del festin alegre,
Entre los brindis del ligero Baco,
Y cuando, á solas, de mi pátria lloro
Triste los hados,
Iré á presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impío turba;
Que por mi causa no corrió en la tierra
Lágrima alguna.
Tiemble el malvado que evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazon de piedra,
Al afligido que á su vista gime
Bárbaro muestra.
Torpe calumnia que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros,

Y el pecho blando que me dió natura
Finge de acero.
Mas como el númen que al mortal espera
En las regiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ageno,
Mi alma no teme.
¡Oh, Cielo! escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que sólo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno.
Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y moribundo con errante mano
Pulse la lira.

POETAS CUBANOS.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

—

Nació en 1803 en Santiago de Cuba, y se distinguió como poeta desde su infancia. A los diez años empezó sus estudios en la universidad de Santo Domingo, pátria de su familia, y los terminó en la Habana. Perseguido por sus ideas políticas en la época de la emancipacion de la América continental, emigró á los Estados-Unidos. Allí dió á luz en 1825 sus primeras y más inspiradas poesías, que le colocaron desde luégo á una envidiable altura como literato. En cambio le cerraron para siempre las puertas de su pátria, y murió en la república mejicana en 1839.

NIÁGARA.

—

Dadme mi lira, dádmela, que siento
En mi alma extremecida y agitada
Arder la inspiracion. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente

Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Sola tu faz sublime ya podría
Formarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.
Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte; siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: ví al océano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro
Y sus iras amé: mas su fiereza
En mi alma no dejára
La profunda impresion que tu grandeza.
Corres sereno y magestuoso, y luégo
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mia
En vagos pensamientos se confunde
Al contemplar la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista

En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo; mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Mas llegan... saltan... El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil íris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos; sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.
Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente pátria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?
Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible magestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,

Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardin; á tí la suerte
Guardó más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te vé, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites,
Y aún se siente elevar cuando te nombra.
Dios, Dios de la verdad! En otros climas
Ví mentidos filósofos, que osaban
Exerutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban;
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja á mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
¡Como tu vista mi ánimo enagena
Y de terror y admiracion me llena!
¿Dó tu orígen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el océano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Miró tus aguas que incansables corren,

Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos dias,
Y despierta al dolor... ¡Ay! ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este dia
Mi mísero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor... ¿Podría
Un alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz...? ¡Oh! ¡si una hermosa
Digna de mí me amase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla en mis amantes brazos...
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin pátria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.
Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia.
Y yo, al hundirse el sol en Occidente,

Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS (PLÁCIDO.)

Nació en la Habana en 1809 y fué bautizado en la casa de maternidad. Sus primeros versos se publicaron en Cuba con el título de *Poesías de Plácido*, y, no obstante sus incorrecciones, llamaron extraordinariamente la atencion. Peinetero de oficio, sin padres conocidos, menospreciado por su color, viviendo en la sociedad de otros mulatos como él, desprovistos de educacion literaria, es ciertamente pasmoso que escribiera con tanta gallardía, elevándose á veces á la más sublime inspiracion. El eminente literato y crítico cubano señor Fornaris, le considera como uno de los poetas que más honran á Cuba, y pregunta con razon: «¿qué poeta, por elevado que lo tengan las glorias de este mundo, no se gloriaría de ser autor de los cuatro siguientes versos?

De gozo enagenados mis sentidos
Fijé mi vista en las serenas ondas,
Y ví las ninfas revolver gallardas
Las rubias hebras de sus trenzas blondas.»

Este inspirado vate fué fusilado el 27 de Junio de 1844, gobernando á la sazon la isla de Cuba D. Leopoldo O'Donnell.

LA FLOR DE LA CAÑA.

LETRILLA.

Yo ví una reguera
Trigueña tostada,
Que el sol, envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara,
Y es tierna y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
—La flor de la caña.
La ocasion primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida

Con cintas rosadas;
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecía
Como flor de caña.
Su acento es divino,
Sus lábios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta:
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa rie
—La flor de la caña.
El domingo ántes
De Semana Santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos,
Donde le juraba
Mientras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada

Como con la nieve
—La flor de la caña.
Habléla en el baile
La noche de Páscua,
Púsose encendida,
Descojió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla
He visto que es hecha
—Con flores de caña.
En ella hay un rizo
Que no lo trocára
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua
Con una sortija
Que ajusta la *capa*,
Y en lugar de *tripa*
Le encontré uno carta,
Para mí más bella
—Que la flor de caña.
No hay ficcion en ella;
Sino estas palabras:
«Yo te quiero tanto
Como tú me amas.»
En una reliquia

De rasete, blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada,
Y su tacto quema,
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
—La flor de la caña.
Ya no me es posible
Dormir sin besarla;
Y mientras que viva
No pienso dejarla;
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama,
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes
—Como flor de caña.
Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idália;
Y si me preguntan
Los que saber ánsian
Quien es mi veguera,
Diré que te llamas
Por dulce y honesta
—La flor de la caña.

LA FLOR DE LA PIÑA.

La fruta más bella
Que nace en las Indias,
La más estimada
De cuantos la miran,
Es la piña dulce
Que el néctar nos brinda,
Más grato y sabroso
Que aquel que en la antigua
Edad saborearon
Deidades olimpias;
Pero es más preciosa
—La flor de la piña.
Cuando sobre el tallo
Preséntase erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña,
La saluda el alba
De perlas con risa,
Favonio la besa,
Y el astro del dia
Contempla extasiado
—La flor de la piña.
Como si tejiéseis

Una canastilla
De juncos al sesgo
Formando una pira,
Y en cada distancia
Que aljófar simila
Un rubí pusiérais
Fingiendo conchitas
De aquellas pequeñas
Que el mar da en su orilla,
Así se presenta
—Con flores de piña.
Ella es un emblema
De la infancia viva,
Fecunda en su tronco,
Feraz en su guía;
Y como le suelen
Nacer á las niñas
Amantes deseos
Más bien por la vista,
Así porque quede
La imágen cumplida,
Brota por los ojos
—La flor de la piña.

LA FLOR DE LA CERA.

Una mañana de Abril,
Antes que el alba serena

Ornara el cielo de nácar
Y los pensiles de perlas,
Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera,
En un jardin que á su orilla
Preciosas plantas ostenta.
Con un cestillo de mimbres
Y unas tijerillas nuevas,
Estaba una jóven linda
Cortando *flores de cera;*
Ocultéme en unas ramas
De jazmin y madre-selva,
Que abrazan á un rojo Adónis
Formando bóveda espesa.
Era su frente brillante
Como del amor la estrella;
Sus ojos vivos y hermosos,
Negras y largas sus trenzas;
De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella,
Y su cútis fresco y blanco
—Como la flor de la cera.
Llevaba una manta azul
Bordada de blanca séda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras:
Hablando consigo misma
De que la oyesen agena.
Tomando la más lozana
Dijo la simple doncella:
Dice bien Delio que eres

De los jardines la reina:
¡Si yo fuera tan hermosa
—Como la flor de la cera!
De su voz el eco suave
Me hizo conocer á Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo Nuevo en las fiestas,
Y de Delio bajo el nombre
La hice amorosas protestas:
¡Con que aquí mi Lesbia mora
Y de su Delio se acuerda!...
¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan sencilla, alegre y pura
—Como la flor de la cera?...
Escogió despues algunas,
Sentóse sobre la yerba,
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella.
Fuese á orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa;
Vióse el rostro en el cristal,
Y exclamó de gozo llena;
«Ya estará Delio en el puente,
Y cuando pasar me vea,
Dirá que voy tan preciosa
—Como la flor de la cera.»

LA FLOR DEL CAFÉ.

—

Prendado estoy de una hermosa
Por quien la vida daré
Si me acoje cariñosa,
Porque es cándida y graciosa
Como la flor del café.
Son sus ojos refulgentes,
Grana en sus lábios se vé,
Y son sus menudos dientes,
Blancos, parejos, lucientes
—Como la flor del café.
Una sola vez la hablé
Y la dije: «¿Me amas Flora?
Y más cantares te haré,
Que perlas llueve la aurora
—Sobre la flor del café.
Ser fino y constante juro,
De cumplirlo estoy seguro;
Hasta morir te amaré,
Porque mi pecho es tan puro
—Como la flor del café.»
Ella contestó al momento:
—De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
Porque se vá con el viento
—Como la flor del café.
Cuando sus almas fogosas

Ofrecen eterna fé,
Nos llaman Ninfas y Diosas,
Más fragantes que las rosas
—Y las flores del café.
Mas cuando ya han conseguido,
Cual céfiro que embebido
En el valle de Tempé
Plega sus alas dormido
—Sobre la flor del café,
Entónces abandonada
En soledad desgraciada
Dejan la que amante fué,
Como en el polvo agostada
—Yace la flor del café.
Yo repuse:—Tanta queja
Suspende, Flora, porque
Tambien la mujer se deja
Picar de cualquier abeja
—Como la flor del café.
Quiéreme, trigueña mia,
Y hasta el postrimero dia
No dudes que fiel seré;
Tú serás mi poesía
—Y yo tu flor de café.
A tu vista cantaré
Y lucirá el arrebol
Que á mis dulces trovas dé
Como á los rayos del sol
—Brilla la flor del café.
Suspiró con emocion,
Miróme, calló, y se fué;

Y desde tal ocasion
Siempre sobre el corazon
—Traigo la flor del café.

PLEGARIA Á DIOS.

Sér de inmensa bondad! Dios poderoso!
A vos acudo en mi dolor vehemente...
Estended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el hombre manchar quiere mi frente!
¡Rey de los reyes! ¡Dios de mis abuelos!
Vos solo sois mi defensor ¡Dios mio!...
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al Sur, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al rio.
Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada.
Fuera de vos, señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece:
Y áun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.
Ya no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé á través de mi cuerpo el alma mia

Cual del aire á la clara trasparencia,
Estorbad que humillando á la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.
Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adan, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mústia y llorosa
Siguió tu muerte como heliaca estrella.
Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultragen con maligna complacencia...
Suene tu voz, acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!...

JICOTENCAL.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquin de oro
Que finas perlas dibujan
Tan brillante que la vista,

Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El jóven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean
Y el pueblo que le circunda,
A que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras.—
«Baldon y afrenta al vencido,
Loor y gloria al que triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe
Atropellando la turba
Del palanquin salta y vuela
Cual rayo que el éter surca?
Es que ya del caracol
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte
El eco sonante anuncia.
Suspende á lo léjos hórrida
La hoguera su llama fúlgida
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mústias.
Llega, los suyos al verle
Cambian en placer la furia,
Y de las enhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.

«Perdon, exclama, y arroja
Su collar; los brazos cruzan
Aquellos míseros séres
Que vida por él disfrutan.
«Tornad á Méjico, esclavos;
Nadie vuestra marcha turba,
Y decid á vuestro amo
Vencido ya veces muchas,
Que el jóven Jicotencal
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda.
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta
Tropas dispersas é inermes
Sino con armas y juntas.
Que arme flecheros más bravos
Y me encontrará en la lucha,
Con sola una pica mia
Por cada trescientas suyas:
Que tema el dia funesto
Que mi enojo al punto suba:
Entónces ni sobre el trono
Su vida estará segura.
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la Laguna.»
Dijo, y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta,
Y el néctar de las palmeras

Entre vítores se apura;
Siempre vencedor despues
Vivió lleno de fortuna;
Mas como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura,
Vinieron atras los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aún hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava
Barreada de áureas puntas
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

DÉCIMAS.

El ciudadano Faustino
Al juez del barrio se queja
Porque dormir no le deja
El burro de su vecino.
Llegó el juez, y le previno
De su falta con bondad;
Pero el de la vecindad
Alega (no sin razon)
Que tambien los burros son
Cargas de la sociedad.
Persigue el gato al raton

No por servir á su dueño,
Mas por natural empeño
De maligna oposicion.
Cuántos hay que tales son
Viéndose en alta privanza,
Pues con rastrera asechanza
Y depravada malicia,
Fingen amar la justicia
Por ejercer la venganza.
Quiere cierto caballero
Ver lozano su jardin
Sin dar jamás un florin
Ni pagar al jardinero.
¿Se dirá que engañar quiero
Con ejemplos mal urdidos?
Pues yo conozco maridos
Como el dueño de estas flores,
De la honra celadores,
Del gasto desentendidos.

MUERTE DE GESLER.

Sobre un monte de nieve trasparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada,
Muestra *Guillermo Tell* la heróica frente.
Yace en la playa el déspota insolente

Con férrea vira al corazon clavada,
Despidiendo al infierno, acelerada
El alma negra en forma de serpiente.
El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros brota á la tierra el océano:
Tórnanle á echar las ondas y los vientos;
No encuentra humanidad el inhumano.
Que hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos de un tirano.

MUERTE DE CÉSAR.

«En cadenas mis palmas se han trocado,
En pesares mis dichas y en afrenta,
Y nadie osando restaurarme intenta
De Emilio y Numa el explendor pasado.»
Así exclamaba Roma, cuando armado
Ante mónstruo feroz que la atormenta,
El vencedor del Ponto se presenta
Con torvo ceño y ademan airado.
«Depon ¡oh pátria! el ominoso luto,
Un hijo tienes que el acero vibre;
Hoy muere César ó perece Bruto!
Mientras exista yo, tú serás libre.»
Dijo, y alzando la potente mano,
Descargó el golpe, y espiró el tirano.

A LA FATALIDAD.

Ciega deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuiste,
Cual fuente clara cuya márgen viste
Maguey silvestre y punzadora tuna:
Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste,
Y acaso hasta los cielos me subiste
Por verme descender desde la luna.
Sal de los antros del averno oscuros,
Sigue oprimiendo mi existir cuitado,
Y si sucumbo á tus decretos duros,
Diré lo que el ejército cruzado
Clamó al divisar los rojos muros
De la santa Salem: «Dios lo ha mandado.»

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Esta celebrada poetisa nació en la ciudad de Puerto-Príncipe en 1816. Componia versos á los nueve años, y á ninguna edad pudieron conseguir sus buenos padres que cultivase su ingenio con el estudio. Segun con-

fesion propia la Avellaneda nunca pudo aprender ni los más sencillos rudimentos de la gramática Por eso maravilla que escribiera tan delicadas poesías, mereciendo justos aplausos de autoridades literarias como Lista, Gallego, Breton y el mismo Quintana Su tragedia *Alfonso Flunio*, *La hija de las flores* y otras varias obras dramáticas, le conquistaron un puesto culminante en la república de las letras Murió hace pocos años en un convento de Cuba.

A LA MUERTE

DEL CÉLEBRE POETA CUBANO DON JOSÉ M. HEREDIA

—

«Le poéte est semblable aux oiseaux de passage
Qui ne batissent point leurnid sur le rivage.»
LAMARTINE.

Voz pavorosa en funeral lamento,
Desde los mares de mi pátria vuela
A las playas de Iberia! tristemente,
En son confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente,

¡Ay! que esa voz doliente,
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el océano,
—Murió, pronuncia el férvido patriota...
Murió, repite, el trovador cubano,
Y un eco triste, en lontanza gime;
¡Murió el cantor del Niágara sublime!
Y es verdad? y es verdad? la muerte impía
Apagar pudo con su suplo helado
El generoso corazon del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?
¿No ya en amor se enciende, ni agitada
De la santa virtud al nombre late?
Bien cual cede al embate
Del aquilon sañoso el roble erguido,
Así en la fuerza de la edad lozana
Fué por el fallo del destino herido:
Astro eclipsado en su primer mañana,
Sepúltanle las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.
¡Pátria! númen feliz! nombre divino!
¡Ídolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?
Ostenta, sí, tu duelo,
Que en tí rodó su venturosa cuna,
Por tí clamaba en el destierro impío
Y hoy condena la pérfida fortuna
A suelo extraño su cadáver frio,

Do tus arroyos ¡ay! con su murmullo
No darán á su sueño blando arrullo.
¡Silencio! de los hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que le defiende de la injusta suerte;
Ya reclinó su lánguida cabeza
De génio y desventuras abrumada,
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte
Que torna á su elemento primitivo,
Ser en este lugar ó el otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
Que el vulgo de los hombres, asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
Mas la pátria del génio está en el cielo.
Allí jamás las tempestades braman,
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro:
Allí el amor y la virtud proclaman
Espíritus vestidos de luz pura,
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.
Allí el raudal sonoro
Sin cesar borre de aguas misteriosas
Para apagar la sed que enciende al alma;
Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Nunca este mundo satisface ó calma:
Allí jamás la gloria se mancilla,
Y eterno el sol de la justicia brilla.
¿Y qué al dejar la vida deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza,
Engañosa vision que lo extravía:

Tal vez los vanos ecos de un renombre
Que con desvelo y con dolor alcanza:
El mentido poder, la amistad fria.
Y el venidero dia,
Cual el que espira breve y pasagero,
Al abismo corriendo del olvido:
El placer cual relámpago ligero
De tempestades y pavor seguido;
Y mil proyectos que medita á solas,
Fundados ¡ay! sobre agitadas olas!
De verte ufano, en el umbral del mundo
El ángel de la hermosa poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y hora lanzas, Heredia, el barro inmundo
Que tu sublime espíritu oprimia,
Y en alas vuelas de tu génio ardiente.
No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega
Ni la inportuna queja al cielo suba.
¡Murió! á la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba:
Que el génio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso.

JOSÉ J. MILANÉS.

En la poética Matanzas nació el desventurado cantor del Yumurí, hácia el año de

1815. Extraviada su razon, y muerto cuando aún hubiera podido cosechar laureles, es su memoria tan popular como sus poesías en todo el territorio que se extiende desde la punta Maisí al cabo de San Antonio.

BAJO EL MANGO.

¿Quieres, mi luz, nos vamos á la aldea?
«En hora buena sea.»
Floreta de rimas antiguas castellanas

Oh! si pudieras tú, dando la espalda
A esta ciudad activa y negociante,
Y llamados tal vez, hermosa mia,
Por una fresca y purpurina tarde
Salir conmigo á pasear á solas,
Tu mano fiel bajo mi brazo amante,
Y así gozar los dos de esas tres dichas:
El cielo azul, la libertad y el aire!
Yo te llevára, caminando lento,
A un escondido y pintoresco valle
Que al pié de un monte se ocultó modesto
Por no mostrar su gentileza á nadie.
Yo vagabundo trovador, un dia
Le sorprendí, me alborocé de hallarle,
Y desde esa ocasion tengo jurado
Que con rima sonora ó prosa fácil

Habré de revelar en donde existe
A todo aquel que los paisages ame.
Para el amor que cavilando llora,
Para el dolor que se disuelve en ayes,
Para todo el que sienta y el que gima
No hay asilo más bello.—Tú no obstante,
Que no ves nube en horizonte puro
Y existir sin amor no lo alcanzaste,
Tú cuya frente cándida y serena
La inocencia y beldad ornan iguales,
No vendrás á gemir al valle alegre,
Sola vendrás, observadora amable,
Dando á cada airecillo una sonrisa
Y á cada flor admiradoras frases,
A demandar al sonrosado cielo
Por qué es tan bello al fenecer la tarde,
Por qué al unir la voluptuosa noche
Con el dia ardoroso y centelleante
Parece alzar naturaleza entónces
Un gran himno de boda al bello enlace,
Mientras que susurrando la acompañan
Monte, valle, raudal, insecto y ave.
Ya nos espera en actitud pomposa,
Formando un pabellon con su follage,
Aquel mango gentil, que porque fije
La curiosa atencion el caminante,
Le supo aislar.—Enriquecido siempre
Por el amor de su terrestre madre,
De verde ramo y aromosa fruta
Su grueso tronco engalanado atrae.
Salúdalo, mi bien.—Tú que eres bella,

Y en ese tu mirar casto y süave
Y en ese ingénio sonreir descubres
El inocente corazon de un ángel;
Tú que sabes hallar palabras dulces,
Palabras tan hermosas é inefables
Que Dios no más á la mujer inspira,
Y que las busca y las bendice el vate;
Tú sola encontrarás el raro idioma
Bañado de color, rico de esmalte
Con que habla al mundo vegetal á veces
Una tierna beldad que á solas vague.
Y mientras llena de placer recorras
Tan rica infinidad de novedades,
Ya la brisa fugaz que arruga el lago,
Ya el vago azul del horizonte amable,
Ya la yerba sutil que forma al cerro
Un vestido talar de cola grande,
La blanca quinta entre un monton de palmas,
Y el negro buey que en la colina pace,
Yo clavaré mis ojos en tus ojos,
Y á cada *¡ay Dios!* que alborozada exhales,
Iré sintiendo retornar al alma
Mi ausente dicha y mi ventura errante.
Despues te rogaré... pero ¿qué digo?
¡Cómo nos lleva y nos arrastra fácil
Al hermoso país del desvarío
La gallarda ilusion, que toda es aire!
No, hermosa, no. La sociedad ordena,
Legisladora, autorizada y grave,
Que no debes romper el noble culto
Con que tu sábia y advertida madre

Te enseña á amar el femenil decoro;
Amalo, pues, y sin venir al valle,
Que yo pretendo visitarlo solo,
Y en cada flor me volverá tu imágen,
Cuando tu aguja y tu leccion te pinten
La dicha fiel del que trabaja y sabe,
Acuérdate de mí, triste poeta,
Que en tí confundo á la mujer y al ángel

LA FUGA DE LA TORTOLA.

CANCION.

Tórtola mia! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro despues
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos piés?
¿Ver hojas verdes solo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!
Oye mi ruego, que al miedo exhala:
¿De qué te sirve batir el ala
Si te amenazan con muerte igual,

La astuta liga, la ardiente bala
Y el cauto *jubo del manigual?*
Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita
Que ansías ser libre, pasion bendita
Que aunque la lloro la apruebo yo.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!
Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al rio,
Y á la alta luna que brilla en él?
Inconsolable, triste y marchita
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

REQUIESCAT IN PACE.

I.

Yo la ví resplandeciente
En las filas del sarao,
Y la juzgué al vivo sueño
Del poeta enamorado;
El melancólico brillo
De un lucero en el espacio
Y el místico son del aura

En torno de un campanario,
Eran la luz de sus ojos
Y el acento de sus lábios.
Como los ángeles puros
Iba vestida de blanco:
Su mejilla fresca y roja
Como la flor del granado.
Sus amigas le reían,
Su madre en luengos abrazos
Devoraba á puro beso
Aquél su hermoso retrato.

II.

Pobre doncella!... Dos soles
Despues del baile bizarro
Vagaba yo silencioso
En torno del campo santo,
Cuando el quejido del hierro
Nueva tumba socavando,
Me hizo entrar. El hombre oscuro
Que cuida de sepultarnos
Con aire estóico acostaba
En nuestro lecho de barro
Una beldad. Clavé en ella
Mi vista... oh Dios justo y santo!
Ví la rosada mejilla...!
Conocí el vestido blanco!

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

ANDRÉS BELLO (ECUADOR).

A la nave. 7
A la victoria de Bailén. 9

JOSÉ ANTONIO MAITIN (VENEZUELA).

Al Avila 10
A la Ciudad. 11

ABIGAIL LOZANO (VENEZUELA).

Napoleon. 13
Suspiros del arpa. 17
La flor de Mayo. 19

FRANCISCO ARANDA Y PONTE (NUEVA GRANADA).

Postrer adios del amor. 20

VICENTE CAMACHO (VENEZUELA).

Última luz. 23

JOSÉ H. GARCÍA QUEVEDO. (NUEVA GRANADA.)

A Italia! 26

Págs

Oda á la libertad. 31

M. Pardo (Perú).

El Nazareno 33
Soledad. 37

Heraclio M. de la Guardia (Venezuela).

Ciencia y poesía. 38
A la actriz Ventura Mur. 43

Jacinto Gutierrez Coll (Venezuela).

Armonía. 45
Sombras. 46
Consolacion. 48
Tiniebla. 49

Francisco de Sales Perez (Ecuador).

Epigramas. 50

Eloi Escobar (Bolivia).

Adios. 51

Jesús Maria Sistiaga (Venezuela).

Estoy por las feas. 55
Un gato y un raton. 59

Domingo Ramon Hernandez (Chile).

Alas de mariposa. 64

Págs.

A la estátua de Bolívar. 65

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA
(NUEVA GRANADA.)

Fantasía. 67
Vespertino. 69

DIEGO JUGO RAMIREZ
(VENEZUELA).

Los desengaños del mundo. 70
El corazon y la cabeza. 72

ELÍAS CALIXTO POMPA
(VENEZUELA).

Estudia, trabaja, descansa. 75

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO
(NUEVA GRANADA).

Inspiracion para el busto de Cervántes. 77

VICENTE A. REENDON
(VENEZUELA).

América. 78

FELIPE ESTEVES
NUEVA (GRANADA).

La comedia humana. 81

JUAN A. PEREZ BONALDE
(VENEZUELA).

Ayer y hoy. 86

Págs.

José Luis Ramos (Ecuador).

A las matemáticas. 90

Vicente Coronado (Perú).

El Cóndor. 92

José A. Carrillo y Navas (Venezuela).

A la República. 94

Florencio Balcarce. (República Argentina.)

El cigarro. 98

Benjamin Blanco. (Bolivia.)

El suspiro. 100

Claudio Mamerto Cuenca. (República Argentina.)

Damas relamidas. 101
La mañana. 105

Luis L. Dominguez (República Argentina.)

El Ombú. 106
A Montevideo. 112

Estéban Echeverría. (República Argentina.)

Deseo. 116
La noche en el mar. 117

Págs.

A una lágrima. 118

JUAN J. GODOI (REPÚBLICA ARGENTINA).

A una jóven vestida de luto.. 120
La palma del desierto. 122

RICARDO GUTIERREZ (REPÚBLICA ARGENTINA).

El Cuerpo y el alma. 126

PALEMON HUERGO. (CHILE).

El sí. 127

MANUEL INURRAIETA (REPÚBLICA ARGENTINA).

La que ví en el baile. 129

PEDRO LACASA (PERÚ).

A mi hija Hilaria. 132
Cancion. 133

JOSÉ MÁRMOL (REPÚBLICA ARGENTINA).

El reloj. 134
Cristóbal Colon. 136

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA. (REPÚBLICA ARGENTINA).

Yo era feliz. 140
A mi esposo. 141

JOSÉ RIVERA INDARTE. (URUGUAY.)

Tuya es mi gloria. 142

Págs.

JUAN CRUZ VARELA. (REPÚBLICA ARGENTINA.)

Mi muerte. 147

POETAS CUBANOS.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Niágara. 151

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS (PLÁCIDO.)

La flor de la caña. 156
La flor de la piña. 161
La flor de la cera. 162
La flor del café. 165
Plegaria á Dios. 167
Jicotencal.. 168
Décimas. 171
Muerte de Gesler. 172
Muerte de César.. 173
Á la fatalidad.. 174

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Á la muerte del célebre poeta cubano D. José M. Heredia.. 174

JOSÉ J. MILANÉS.

Bajo el mango.. 178
La fuga de la tórtola.. 182
Requiescat in pace.. 183